

El ajuar doméstico en los castros de Asturias

El estudio de los objetos recuperados en los ambientes domésticos de los castros es, junto con su disposición estratigráfica, un aspecto clave en el conocimiento de las comunidades que protagonizaron aquellos siglos de vida entre murallas. En otras regiones de la Península Ibérica la aproximación a cuestiones esenciales para el conocimiento de sociedades antiguas, contemporáneas de nuestras gentes castreñas, cuenta con apoyos arqueológicos, ausentes aquí, muy útiles por la calidad de la información que transmiten respecto a los modos de vida, tradiciones culturales y organización social de sus creadores. La escritura, por ejemplo, es un instrumento de incomparable servicio a tal fin por el que además los pueblos dan cuenta de los acontecimientos que marcaron su historia y fijan el nombre de sus ciudades, de sus gentes y de sus enemigos. Las necrópolis son otra manifestación cultural de primer orden que mediante la Arqueología permiten conocer, en primer lugar, la evolución de los ritos funerarios y, por tanto, interpretar a partir de los cambios en la forma de tratamiento de los muertos otro tipo de fenómenos que pueden estar relacionados con hechos tan importantes en el mundo antiguo como los movimientos de población o la integración en marcos culturales más dinámicos que propicien el olvido o postergación de las tradiciones propias. Además, la distribución de los enterramientos, la agrupación de los difuntos, los ajuares que los acompañan, por lo general armas y vasos cerámicos, son aspectos todos ellos que ilustran como pocos cuestiones tan importantes como la estratificación social, el nivel tecnológico o las relaciones comerciales con otras regiones.

La Arqueología de los castros, no sólo asturianos, sino en general del conjunto noroccidental de la Península Ibérica, está privada de tan fructíferas fuentes de información. Las noticias escritas lo fueron por gentes ajenas a esta tierra que fijaron sus relatos en una lengua extranjera y, en muchas ocasiones, a través de testimonios de terceras personas. Son, por tanto, relatos extraños a los pueblos castreños y muy poco expresivos por lo que a la descripción de su cultura se refiere. La ausencia de necrópolis es otro de los rasgos que lastra el estudio de las sociedades castreñas. El absoluto desconocimiento de enterramientos o cualquier otro tipo de tratamiento ritual de los cadáveres constituye, si no la primera, una de las mayores incógnitas en la Asturias del primer milenio anterior a la Era y limita al registro de objetos obtenidos en ámbitos domésticos la aproximación a

A falta de otros testimonios arqueológicos, los objetos cerámicos proporcionan una información muy valiosa para el conocimiento de diversas cuestiones sobre la vida cotidiana, el marco social o las relaciones comerciales de los pueblos castreños. En la imagen, vajilla de época romana recuperada en el Chao Samartín (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)



cuestiones tan esquivas como las formas de vida cotidiana y al marco social y político en el que éstas se desarrollaron. La consecuencia es que, entonces, asuntos de semejante trascendencia han de ser abordados necesariamente a partir de los relictos más insignificantes del ajuar conservado entre las ruinas de las casas y talleres donde se realizaban los quehaceres ordinarios. No es necesario explicar cómo la tarea se complica cuando se trata de afrontar el estudio de espacios ocupados de forma más o menos ininterrumpida durante siglos en los que se sucedieron las reformas de pavimentos, muros y techumbres al servicio de usos también muy variados.

En los siguientes capítulos se expondrá el repertorio de objetos que permiten a los arqueólogos valorar su antigüedad y procedencia para reconstruir de forma verosímil el escenario social que les fue propio y, con ello, aventurarse en el campo, mucho más sutil y comprometido, de la interpretación histórica.

Algunos platos y cuencos fabricados por torneros del occidente asturiano en madera reproducen formas de modelos cerámicos romanos como la *terra sigillata* Drag. 37 y 17, lo que permite pensar en la pervivencia de esas formas a través de los siglos (fotos de M. Herrero)

La cerámica en el ajuar castreño

La cerámica es con mucha diferencia el material más común de entre los recogidos en las excavaciones arqueológicas castreñas. La utilización de recipientes de barro cocido está documentada en Asturias desde tiempos neolíticos, más de tres mil años antes de la fundación de los primeros poblados fortificados. Sin embargo, su uso generalizado habría de esperar a la consolidación de hábitats estables donde

era viable la utilización de contenedores voluminosos y pesados que paulatinamente fueron adaptándose a formas y funciones diferentes. Evidentemente, la cerámica no fue el único material empleado en la fabricación de recipientes pero la condición perecedera de aquellos otros fabricados en madera o cuero ha impedido su conservación. Restan, no obstante, los testimonios etnográficos que prueban el uso extendido de éstos en la sociedad tradicional. Es sorprendente la fosilización en algunos de ellos de formas extinguidas muchos siglos antes que permiten reconocer, por ejemplo, la pervivencia de modelos romanos convencionales como las formas de *terra sigillata* Drag. 37 y 17 en cuencos y platos de producción tradicional en la tornería del occidente de Asturias (Blas, 1995).

Como es natural, este tipo de cerámicas procedentes de ambientes domésticos suelen corresponder, bien a vertederos, bien a piezas residuales desechadas durante el abandono definitivo de la estancia que, en todo caso, ofrecen una visión parcial del contexto en el que sirvieron. Aun así, el estudio de sus restos es una herramienta indispensable en la investigación arqueológica por muchas razones. En primer lugar, la



cerámica es un buen indicador cronológico por su variabilidad formal a lo largo del tiempo. Esta misma diversidad permite, además, detectar con cierta precisión la amplitud de los circuitos comerciales en los que la comunidad se inscribe o, por el contrario, revelar su inclinación al aislamiento y la autarquía. La calidad y abundancia de las piezas pueden apuntar, asimismo, la existencia de diferencias sociales entre vecinos que conviven en espacios de aspecto y dimensiones similares y denunciar la función de la estancia de donde procede. En ocasiones, también sirve como soporte para la escritura revelando el nombre del usuario o consignando acuerdos de orden político entre pueblos, tal y como sucede en el vaso del Chao Samartín donde se constata una donación de los *Buroflavienses* a los habitantes de *Ocela*, nombre del poblado grandalés en época romana.

La importancia del estudio de las cerámicas es tal que, en ausencia del insoslayable apoyo estratigráfico que avala y verifica las conclusiones, los errores cometidos pueden conducir a interpretaciones históricas en ocasiones descabelladas. Esto fue lo que sucedió con la pretendida ocupación tardoantigua de “bastantes” asentamientos castreños, defendida por E. Carrocera (Carrocera & Requejo, 1989: 27), y basada exclusivamente en la identificación de determinadas piezas decoradas con arquillos y estampillas que luego se demostraron varios siglos anteriores. En otros casos, los menos, el registro ha revelado que intuiciones inspiradas en clasificaciones erróneas se han mostrado finalmente acertadas por lo que a su antigüedad relativa se refiere. El ejemplo más representativo fueron las denominadas cerámicas excisas de Coaña (Uría, 1941: 346), en realidad, dos pequeños fragmentos hoy desaparecidos, cuya decoración semeja más motivos impresos que propiamente excisos, atributo fundamental para que Uría las considerase de época prerromana. Maya, que advirtió tal circunstancia y la repetición de motivos semejantes en otras cerámicas del yacimiento, rechazó tal clasificación y consiguiente estimación cronológica con que hubiese podido defender una posible ocupación del castro durante la Edad del Hierro, hoy ya probada.



La decoración con arquillos y estampillas que presentan algunas cerámicas castreñas fue interpretada erróneamente como perteneciente a una época tardoantigua cuando en realidad son varios siglos anteriores (foto Á. Villa)



En las excavaciones del castro de Chao Samartín se recuperó este vaso que contiene una inscripción relativa a una donación de los *Buroflavienses* a los habitantes de *Ocela*, nombre del poblado grandalés en época romana (foto Á. Villa)

Unos fragmentos cerámicos, como el del dibujo, con decoración que Uría Rúa calificó de excisa fueron considerados por ello prerromanos.

En realidad eran motivos impresos que aunque se mantienen vigentes en los primeros momentos de la romanización tienen su origen en época prerromana



En el Chao Samartín aparecieron restos cerámicos con decoración como la interpretada en Coaña como excisa en niveles prerromanos (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

La cerámica de los castros en la Edad del Hierro

Hace tan sólo dos décadas, José Luis Maya exponía en su tesis doctoral los serios problemas que planteaba la sistematización de la cerámica castreña en Asturias. Su estudio estaba lastrado por la carencia de series estratigráficas y excavaciones suficientemente extensas, la extrema fragmentación de las piezas y unas condiciones ambientales marcadas por la humedad y acidez de los suelos, circunstancias que en su conjunto limitaban por igual el reconocimiento preciso de las formas y la fiabilidad de su adscripción cronológica. El problema era particularmente grave en el caso de las cerámicas indígenas. De hecho, ante la imposibilidad de establecer marcos temporales precisos para su uso, la clasificación se establecía en función de su hipotética pertenencia a una tradición prerromana (Maya, 1988: 153).

El progreso en estos veinte años ha sido considerable. En primer lugar porque el repertorio de piezas recuperado se ha incrementado de manera notable con las aportaciones de nuevas excavaciones y, si bien la fragmentación de las piezas es una característica endémica e inevitable, la mejora en los métodos de excavación, registro y datación hace posible hoy presentar un cuadro bastante aproximado de los tipos cerámicos comunes en los castros asturianos durante la Edad del Hierro.

La destrucción violenta e inesperada de un yacimiento puede dar lugar a la creación de depósitos arqueológicos extraordinarios como el del Chao Samartín, destruido durante el siglo II de nuestra era por un terremoto. En la imagen, restos de la vajilla destrozada tras el seísmo (foto Á. Villa)



Las cerámicas de tradición indígena

Las cerámicas de producción local, aferradas a tradiciones propias de la región noroccidental y el reborde montañoso de la Meseta, constituyen la casi totalidad del inventario publicado. Son excepcionales los testimonios de productos exóticos llegados a nuestros castros durante los siglos previos a la conquista romana, si bien aportan datos muy interesantes respecto a las redes de intercambio de las que participaron las comunidades castreñas.

El grupo de producciones indígenas se caracteriza, en términos generales, por su fabricación en hornos de ambiente preferentemente reductor y cocciones incompletas lo que les proporciona tonos oscuros, pardos y negruzcos. Son frecuentes los desgrasantes cuarcíticos y micáceos cuyo tamaño también depende de la finura de la pasta, en ocasiones de aspecto tosco y superficie rugosa, en otras de factura fina y con acabados muy cuidados. Las ollas, en diferentes tamaños, son el tipo predominante, con volúmenes globulares y ovoides. Junto a ellas son frecuentes los cuencos, algunos con perfiles carenados.

Las piezas recuperadas por A. del Llano en Caravia muestran un predominio de superficies decoradas mediante incisión. La presencia de triángulos, los zigzags, las diagonales y círculos estampillados componen un conjunto en el que Maya ha reconocido por igual influencias antiguas del área noroccidental y de la Meseta.

En los castros del entorno de Villaviciosa, J. Camino identificó en El Castillo de Camoca un primer conjunto de vasijas con formas de tendencia globular, fabricadas sin torno. El horneado deficiente y la escasez de desgrasantes dieron como resultado piezas de aspecto poroso y quebradizas con superficies decoradas mediante incisiones, impronta de muelles, círculos impresos y acanaladuras. Su antigüedad se remonta a la I Edad del Hierro (Camino, 1997: 56). Un segundo grupo es el recuperado en Moriyón, donde conviven producciones de diferentes alfares en los que parece reconocerse la utilización tardía del torno. Se trata de formas abiertas y fondos planos entre los que predominan las superficies lisas. Las decoraciones, cuando se presentan, consisten en figuras incisas e impresas y uso ocasional de motivos pintados (Camino, 1995a: 248).



La cerámica recuperada por A. del Llano en la excavación del castro de Caravia muestra una decoración a base de triángulos, zigzags, diagonales y círculos estampillados, como se aprecia en la imagen (Museos arqueológicos de Gijón. FMC y UP)



Fragmentos cerámicos del castro de Moriyón con algunos motivos decorativos (Museos arqueológicos de Gijón. FMC y UP)



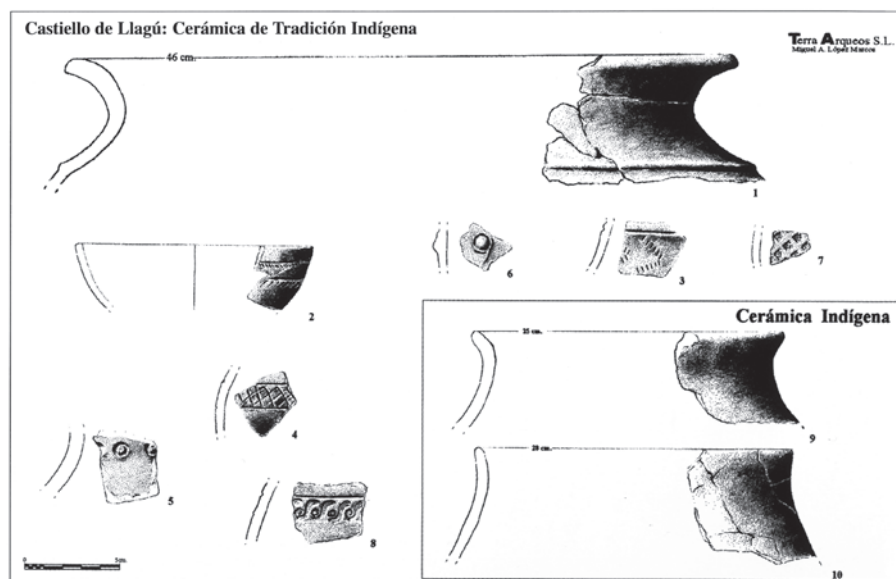
Cerámica de La Campa Torres que ya presenta decoración a base de mamelones y líneas incisas (Museos arqueológicos de Gijón. FMC y UP)

La Campa Torres corroboró, con su amplia muestra de materiales (Maya & Cuesta, 2001), el distanciamiento de las comunidades castreñas trasmontanas respecto a las innovaciones técnicas que paulatinamente fueron implantándose en el ámbito prerromano de la Meseta y que habrían de conducir, allí, a la generalización de las cerámicas torneadas y la cocción oxidante en hornos de altas temperaturas. En el castro gijonés, el repertorio de cerámicas locales fue fabricado en su práctica totalidad a mano y cocido en ambiente reductor.

Son, por tanto, piezas de tonos oscuros con superficies bruñidas, alisadas y espatuladas. Estas vasijas presentan una fase inicial, datada hacia los siglos VI-V a. de C., con ollas de base plana, cuello corto y recto, tinajas de borde vuelto y plano y otras piezas de bordes rectos o ligeramente exvasados, seguida de una fase media, desarrollada durante los siglos IV-III a. de C., caracterizada por una mayor diversidad formal y decorativa, cuyo repertorio habrá de perdurar hasta época romana. Se generalizan diversas formas de cuenco, bordes con perforación protegida y las cerámicas de fundición, fundamentalmente crisoles de pico y digitaciones. Las decoraciones son recurrentes respecto a lo descrito en yacimientos contemporáneos: incisiones en zigzag, coloreado en bandas rojas, aparecen los primeros mamelones así como impresiones en forma de herradura y metopas rellenas con diagonales incisas o bruñidas. La secuencia se cierra con una fase final, entre los siglos II-I a. de C., que no ofrece grandes novedades si no es el incremento de la variedad ornamental de la que están ausentes los estampillados característicos en otros castros tanto de la Asturias oriental como occidental.

En Llagú, la muestra de cerámicas indígenas no ha sido demasiado abundante y se ajusta a lo descrito para la generalidad de las producciones prerromanas (Berrocal *et al.* 2002: 164). Los niveles asociados a la muralla modular, excavados por L. F. López, Y. Álvarez y M. Á. López, que fue levantada durante la II Edad del Hierro, ofrecieron cerámicas de pastas poco depuradas con desgrasantes grandes

Cerámicas indígenas de El Castiellu de Llagú (según López *et alii*, 1999)



y blanquecinos. Fabricadas sin torno, presentan un aspecto tosco, de superficie mal alisada que rematan en cuellos rectos de bordes ligeramente exvasados (López *et al.*, 1999: 247).

Del Castillo de San Martín, en Soto del Barco, proceden varios fragmentos de cerámicas de aspecto tosco, gruesos desgrasantes y superficies porosas decoradas con motivos incisos en espiga. Fueron recuperados sobre los fondos de cabaña subyacentes a la muralla de módulos. Por su posición estratigráfica y asociación a determinados elementos metálicos pueden ser atribuidos a un momento impreciso de la I Edad del Hierro.

El resto de materiales cerámicos de tradición indígena asignables a época prerromana proceden de la marina occidental (Cabo Blanco, Mohías) y de castros ribereños del Navia y del Eo (Coaña, Pendia, Chao Samartín, Pelou y Taramundi). Entre las piezas recuperadas se advierte el predominio de la facturación manual y productos que contrastan, según los casos, por el empleo de pastas depuradas y de calidad frente a otras de hechura mucho más tosca, porosa y frágil. Ofrecen una gran diversidad formal si bien predominan las formas globulares y acampanadas, generalmente de fondo plano, aunque también se documentan piezas de pie elevado. Las forma lisas presentan superficies espatuladas o bruñidas, acabado también presente en los tipos decorados, donde priman los motivos estampillados con secuencias de SSS, círculos, tramas geométricas, muelles y segmentos oblicuos que alternan con ondas, acanaladuras, bruñidos sencillos o dispuestos en retículas oblicuas y sogueados. En el área litoral, particularmente en Coaña, son frecuentes las vasijas decoradas con mamelones que reproducen los clavos y remaches de los recipientes metálicos.

Las cerámicas importadas

La referencia a los productos importados debe entenderse en un sentido amplio, de ámbito suprarregional, pues dentro de la modalidad de producciones indígenas no debe descartarse la existencia de un cierto mercado interior que propiciase la adquisición de piezas en áreas limítrofes. De hecho, así podría señalarlo la presencia de desgrasantes micáceos en un número considerable de piezas del centro y oriente de la región donde este material no es abundante, o la aparición de las vasijas ya mencionadas con perforación protegida, exclusivas del área galaica (Camino & Villa, 2003: 54).



Entre las cerámicas prerromanas del Chao Samartín hay algunas de pie elevado (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

La cerámica prerromana del Chao Samartín presenta como decoración motivos estampillados con secuencias de SSS, círculos, tramas geométricas, muelles y segmentos oblicuos que alternan con ondas, acanaladuras, bruñidos sencillos o dispuestos en retículas oblicuas y sogueados (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura y R. Montes)





Fragmento de cerámica púnica hallado en las excavaciones de Coaña en 1940, datada en el siglo III a. de C. y que testimonia la existencia de un comercio marítimo, al menos en los castros situados próximos a los grandes estuarios (Museos arqueológicos de Gijón. FMC y UP)

La Campa Torres es, sin duda, el lugar en el que se concentra un mayor número de objetos de importación: algunos fragmentos de cerámica ática de barniz negro, ánforas greco-púnicas, cuentas de pasta vítrea y varios *kalathoi* son testimonios de un comercio marítimo al que se le sospecha cierta regularidad (Maya & Cuesta, 2001: 253).

Sólo otro castro, el de Coaña, ha proporcionado evidencias de una vasija de procedencia mediterránea. Se trata de un fragmento de cerámica púnica descubierto durante las excavaciones de 1940, datado en el siglo III a. de C., y que reafirma el papel jugado por los poblados abiertos hacia los grandes estuarios regionales en el primitivo comercio marítimo de cuyos contactos, amén de los materiales cerámicos, son también prueba las cuentas de pasta vítrea oculadas recuperadas en los castros de Moriyón, Chao Samartín o La Campa Torres.

ÁNGEL VILLA VALDÉS

La cerámica de los castros en época romana

El rápido proceso de transformación social, económica, ideológica y política que experimentarán las comunidades indígenas tras la inclusión definitiva del actual territorio asturiano en la órbita del estado romano cuenta con uno de sus testimonios más elocuentes en los repertorios cerámicos que, a partir de ese momento, se documentan en los castros.

La presencia mayoritaria de restos de esta naturaleza entre los materiales recuperados en todos los asentamientos excavados carece de un refrendo bibliográfico acorde a su significación. La dinámica, con frecuencia definida por la urgencia, de la disciplina arqueológica y el volumen material, casi siempre inabarcable a corto plazo, explican en buena medida la ausencia de una tradición de estudio consolidada y la centralización de los esfuerzos investigadores en familias cerámicas particularmente atractivas. Producciones romanas por excelencia como la *terra sigillata* o recipientes de uso muy concreto como ánforas o lucernas ofrecen, frente a la genéricamente denominada cerámica común, una más fácil individualización y la posibilidad de obtener conclusiones cronológicas y económicas inmediatas, contando con trayectorias de investigación específicas y dilatadas.

La parquedad de estudios con vocación global e integradora sobre material cerámico altoimperial resulta particularmente acusada en el contexto del noroeste peninsular y más aún en el ámbito asturiano, en el que las obras básicas de referencia remiten a las tesis doctorales de los profesores C. Fernández Ochoa (1982) y J. L. Maya (1988). A estos dos estudios se han ido incorporando nuevas aportaciones en forma de inventarios más o menos extensos incluidos como apéndices en memorias de excavación como la del castro de La Campa Torres (Maya & Cuesta, 2001) o El Castiellu de Llagú (Berrocal et al., 2002), referencias generales en obras de síntesis y catálogos de exposiciones (Maya & Cuesta, 1993; Fernández Miranda

& Fernández Ochoa, 1995) o artículos de aproximación a repertorios de yacimientos concretos, caso del castro de San Chuis (Manzano, 1990; Marín, 2007). La intensificación de la actividad investigadora sobre emplazamientos castreños en los últimos años ha supuesto un notable incremento del conocimiento de la cerámica de época romana en Asturias, a partir, sobre todo, de las intervenciones actualmente en curso sobre castros de la cuenca del Navia-Eo, dirigidas por Á. Villa Valdés y que han permitido la apertura y desarrollo de líneas de investigación autónomas y específicas sobre materiales romanos.

Los resultados de estos estudios han permitido establecer una primera sistematización tipológica de los repertorios castreño-romanos del occidente de la región gracias al elenco proporcionado por el yacimiento grandalés de Chao Samartín y a la concreción cronológica que sus excepcionales circunstancias contextuales permiten alcanzar. A partir de las conclusiones obtenidas es posible también, aun considerando los vacíos en la investigación regional sobre estos temas y las peculiaridades propias de cada área, trazar un panorama bastante ajustado de la evolución y ritmos de transformación de los ajuares cerámicos de los castros asturianos en época romana.

Las excavaciones realizadas en los últimos años en emplazamientos castreños han permitido establecer una primera sistematización tipológica de los repertorios cerámicos castreño-romanos del occidente. En la imagen, servicio de mesa característico del siglo II d. C. del Chao Samartín (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)





La fina vajilla romana conocida como *terra sigillata* tendrá un gran éxito en los medios castreños y pronto estará presente en sus ajuares domésticos (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

Evolución general de la cerámica castreño-romana en asturias

Finalizada la conquista del territorio asturiano asistimos a un primer episodio, coincidente en líneas generales con el siglo I d. C., caracterizado por la coexistencia de dos tradiciones culturales y técnicas radicalmente diferenciadas. Los repertorios alfareros indígenas continuadores de la tradición prerromana dejan de ser los protagonistas exclusivos y, aun siendo mayoritarios, conviven en los ajuares castreños con manufacturas foráneas de raigambre netamente romana. El rápido éxito que alcanzará la fina vajilla de mesa barnizada conocida como *terra sigillata* constituye el ejemplo paradigmático de un fenómeno de irrupción de formas y también, en consecuencia, de preferencias estéticas, soluciones técnicas y modos de vida romanos, del que igualmente da testimonio la documentación en castros asturianos de productos hasta entonces inéditos como morteros cerámicos, lamparillas de aceite (lucernas), grandes recipientes de transporte (ánforas) o finos vasos conocidos en la bibliografía como vasos de paredes finas.

La arribada de estas importaciones a un territorio periférico del Imperio encuentra explicación satisfactoria en la demanda generada por la instalación en la región de nuevos pobladores y, especialmente, de contingentes militares, demandantes de un abastecimiento regular para el que se hace necesaria la intervención del Estado en la organización del comercio, en consonancia con una época que ha sido definida como de tutela militar (Villa, 2007: 130). No resulta casual que sea el Chao Samartín, asentamiento en el que se constata la presencia efectiva de personal militar y administrativo romano durante el siglo I d. C., uno de los yacimientos que mayor volumen de manufacturas importadas ha proporcionado. En estos momentos tempranos la alfarería regional carece de capacidad técnica y operativa para satisfacer los requerimientos de unos nuevos consumidores que solicitan productos avenidos a sus propios gustos y tradiciones culturales. El desajuste consecuente entre oferta y demanda ha de ser solventado recurriendo a un abastecimiento en mercados externos.

La existencia de una ruta marítima transcantábrica consolidada a partir de las décadas centrales del siglo I d. C. se encuentra plenamente constatada (Fernández Ochoa & Morillo, 2002: 273) y no parecen existir dudas de la llegada, desde el puerto de Burdeos, de los productos de *terra sigillata* gálica de los talleres de Montans documentados en las costas cantábricas (Sánchez & Menéndez, 2005: 254; Zarzalejos, 2005: 181). En el área occidental de la región no puede dejar de señalarse el papel articulador del espacio que pudieron haber desempeñado los ríos Navia y Eo (Sánchez y Menéndez, 2005: 254). A este mismo respecto, C. Carre-

ras, centrándose en el caso concreto de las ánforas y tras analizar el coste de los transportes en la antigüedad, concluye que el acceso más económico al cuadrante noroeste desde cualquier punto de la Península era siguiendo la travesía atlántica hasta los puertos de *Brigantium* (La Coruña) o *Portus Cale* (Oporto), para, a partir de ellos, alcanzar los centros urbanos del interior y demás destinos, combinando trayectos fluviales y terrestres (Carreras, 1996: 206-207).

Asturica Augusta (Astorga) se convierte en auténtico centro nodal de las comunicaciones del área septentrional peninsular (Fernández Ochoa & Morillo, 2002: 272). Allí confluyen las principales vías de enlace con el área nororiental hispana, de modo especial con el valle del Ebro, con el sector meridional, con la capital de la Lusitania *Emerita Augusta* (Mérida) (Zarzalejos, 2005: 180), y de allí parten también los principales ramales de penetración hacia el norte.

La convivencia entre producciones autóctonas e importaciones de procedencia y naturaleza variada pondrá en marcha un proceso que cristalizará definitivamente en el siglo II d. C. Aun manteniéndose la dualidad entre manufacturas foráneas y regionales, las primeras se rarifican y el abismo que se percibía entre ambos grupos de producciones se difumina por convergencia de los tipos regionales hacia las producciones típicas romanas (Hevia *et al.*, 2001). La síntesis se concreta en fórmulas morfológicas, técnicas y decorativas que funden elementos de ambas tradiciones.

En este nuevo período se instalarán industrias de ámbito regional como la conocida en Lugo (Alcorta, 2001), dispuestas a satisfacer la creciente demanda generada por su entorno. Esta circunstancia conlleva una importante reducción, en un ejercicio de planificada racionalización mediante la regionalización de la actividad productiva (Montes, 2005), del flujo de las importaciones, que se restringen a la *terra sigillata* procedente de alfares riojanos (Menéndez & Sánchez, e. p.), a escasos grupos de vasos de paredes finas (Montes, 2004) y a raras piezas aisladas o pequeños grupos de procedencia incierta. El objetivo de estas industrias regionales se enfoca a la producción de toda la gama de manufacturas necesaria, adaptándose éstas a la idiosincrasia regional y combinando por tanto elementos de gusto tradicional con innovaciones. Este proceso es común a todo el ámbito del noroeste, en el que se detectan idénticos fenómenos de decaimiento paulatino de las importaciones y regionalización de la actividad productiva, concretada espacialmente en las capitales conventuales o su entorno próximo.



Vaso engobado con decoración estampillada, procedente del Chao Samartín, y que constituye un ejemplo de la síntesis entre los tipos regionales y las producciones típicas romanas (foto de J. Arrojo / Consejería de Cultura)

La cerámica de importación: tipos, procedencias y distribución

El conjunto de productos foráneos documentados en castros asturianos, siempre minoritarios en los ajuares castreños y con una desigual distribución que debe ponerse en relación con el particular posicionamiento geopolítico de cada poblado, mantiene su cohesión únicamente en virtud de su carácter exógeno, entendido éste en un sentido restringido de extrarregionalidad estricta. Aun sin ser demasiado abundantes, constituyen expresivos documentos materiales de la acción aculturadora en curso, componiendo por lo demás una heterogénea amalgama de manufacturas de procedencia, funcionalidad y características morfo-técnicas dispares.

El grupo de importaciones más relevante en términos cuantitativos, excepción hecha de la vajilla de mesa de *terra sigillata*, es el constituido por las cerámicas de paredes finas. Hasta el momento se han identificado, con seguridad, tres filiaciones para los vasos de estas características recuperados en castros asturianos: los fa-

bricados en el alfar ástur de Melgar de Tera (Zamora), los manufac-

turados en los talleres de Mérida y los procedentes de alfares del valle medio-alto del Ebro. A éstas podrían añadirse otras

producciones dudosas o de origen desconocido. En este sentido, cabe referir un par de fragmentos de cuenco con

impregnaciones arenosas que J. L. Maya adscribe a la actividad de los talleres béticos en el siglo I d. C. y que

procede de las excavaciones realizadas por F. Jordá entre 1959 y 1961 en El Castellón de Coaña. Sin embargo,

la filiación no resulta concluyente, habida cuenta la constatada multiplicidad de centros que producen ma-

teriales que se podrían ajustar a la descripción de la pieza, como el riojano de La Maja o el turolense de Rubie-

los de Mora, entre cuyas manufacturas figuran formas abiertas con decoraciones arenosas. Precisamente a este

último taller adscribe L. Berrocal un cubilete de la forma Mayet XXII hallado en El Castiellu de Llagú, de donde pro-

cede también un fragmento de una posible Mayet V. En esta misma línea se deben incluir, en el seno del amplio repertorio del Chao

Samartín, diversas piezas de difícil adscripción, entre las que cabe destacar por su relativa cohesión un grupo de paredes finas negras de filia-

ción desconocida estudiadas por R. Montes (2005).

Los vasos elaborados en los talleres de Melgar de Tera componen la colección de vasos de paredes finas con mayor representación, documentándose a partir del último tercio del siglo I d. C., momento en que comienza su producción a gran escala (Carretero, 2005), tanto en castros del área central astur como en yacimientos occidentales del territorio galaico. Se conocen ejemplares para los primeros en El Castiellu de Llagú y San Chuis y para los segundos en La Corona de Arance-



Vaso de paredes finas elaborado en el taller zamorano de Melgar de Tera, decorado con una carátula zoomorfa, y que fue recuperado en la excavación del Chao Samartín, en cuyo Museo se exhibe en la actualidad (foto de Á. Villa)

do, El Castelón de Coaña y el Chao Samartín (Montes, 2004). Se trata de cubiletes que se presentan en dos modalidades morfológicas fundamentales definidas por R. Gimeno (1990), que se diferencian entre sí por la presencia o no de un característico hombro abombado. Por norma general, muestran ornamentos burilados o motivos diversos aplicados a la barbotina, aunque en ocasiones se identifican decoraciones de caras con ciertas connotaciones apotropaicas y marcadas vinculaciones castrenses, entre los que destaca, como una de sus expresiones más singulares, una extraordinaria pieza de carátula zoomorfa recuperada en el Chao Samartín, dada a conocer en 1995 en el marco de la exposición *Astures* y hoy en el Museo del castro de Chao Samartín.



Los alfares de Mérida, segunda de las filiaciones identificadas, prolongan su vigencia desde época tiberiana hasta fines del siglo I d. C., con un momento de apogeo en torno a las décadas centrales de esta centuria (Rodríguez, 1996: 165). A falta de una revisión pormenorizada de los materiales de antiguas excavaciones, la representación constatada de vasos emeritenses en castros de la provincia se circunscribe a dos ejemplares recuperados en el Chao Samartín (Hevia & Montes, e. p.). Su registro, aunque parco, avala, sumado a otras localizaciones norteñas conocidas, una cierta penetración de estas producciones emeritenses en territorios septentrionales, superando el área de dispersión más restringida que tradicionalmente se les asignaba.

El tercer grupo de paredes finas constatado es el procedente de alfares del valle alto y medio del Ebro. Su documentación se restringe a La Campa Torres, donde se ha recuperado un lote compuesto por tres vasos engobados caracterizados por poseer una parte superior de tendencia cilíndrica y una fuerte carena sobresaliente situada en la zona media del cuerpo (forma Unzu 3 / Aguard 1). Su localización en el asentamiento gijonés, alejado de los centros productores riojanos y navarros como Tarazona, La Maja (Calahorra) o El Coscojal, resulta menos extraña si se considera su presencia en otros contextos afines como León (Martín, 2006: 403).

Otra producción fina importada, anecdótica en lo cuantitativo pero de incuestionable significación, es la cerámica vidriada. Su localización remite a castros cuyas singularidades los habilitan como potenciales receptores de manufacturas excepcionales, caso de La Campa Torres y del Chao Samartín. En el yacimiento gijonés se han recuperado varios fragmentos con decoración aplicada y vidriado exterior de color verde, uno de los cuales, al menos, podría adscribirse, según J. L. Maya, a un vaso tipo *skyphos*. En el castro grandalés, el registro se restringe a dos únicos fragmentos con vidriado verdoso cuyas ínfimas dimensiones impiden su clasificación. La procedencia más probable de estas piezas se orienta hacia la península itálica.

Vaso procedente de los alfares de Mérida (*Emerita Augusta*), de la forma Mayet VI, que fue recuperado en el Chao Samartín (foto de R. Montes)

El menaje de las cocinas castreñas en época romana no es ajeno tampoco a la llegada de productos foráneos, indicadores de la irrupción de nuevos usos y costumbres culinarias. El caso más sintomático lo constituye la incorporación de los morteros cerámicos. Del área central o campana de la península itálica proceden dos ejemplares hallados en el Chao Samartín de gruesos y curvos bordes colgantes

separados del cuerpo mediante una acanaladura, de la forma Dramont D2 definida por J. P. Joncheray (1973). Su fabricación itálica se ve confirmada tanto por la presencia de desgrasantes volcánicos en sus pastas como por el registro sobre el borde de una de las piezas de un sello inscrito en cartela cuadrangular de lectura (STA)TTIAE.VOL(VTIA) / (PRIS)CVS.

FE(CIT) (Sánchez, 2003). Imitaciones hispánicas

de estos recipientes se localizan en La Corona de Arance-

do, El Castiellu de Llagú y con cierta prodigalidad, en el Chao

Samartín (Hevia & Montes, e. p.). Se observan diferencias notables entre

estas piezas que sugieren una diversidad de procedencias, pudiendo corresponder a producciones del valle del Ebro las de estricta imitación provincial más tempranas y, tal vez, a series de elaboración regional las más tardías.



Imitación hispánica de un mortero localizado en el Chao Samartín, poblado donde este tipo de piezas aparece con cierta prodigalidad (Museos arqueológicos de Gijón. FMC y UP)

Platos y cuenco engobados procedentes del Chao Samartín que proceden con toda probabilidad de alfares de *Lucus Augusti* (foto de J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Formando parte también de las vajillas de cocina se documentan unos platos/fuentes con engobe rojo interior conocidos en la bibliografía como platos de engobe rojo pompeyano. Tradicionalmente han sido considerados productos importados con foco original en la península itálica, después imitados en talleres hispanos. Sin embargo, parece más verosímil relacionar los hallazgos en castros asturianos con producciones regionales o comarcales. En los poblados occidentales de las cuencas del Navia y el Eo donde su registro es habitual, se ha podido determinar, a partir de sus características técnicas y de las marcas de alfarero que ocasionalmente presentan, su adscripción a una serie de producciones engobadas de cierto éxito desarrollada, con toda probabilidad, en los alfares de *Lucus Augusti* (Lugo) estudiados por E. Alcorta (2001).

Otra familia cerámica, bien diferenciada funcionalmente y muy expresiva de la incidencia de la romanización por su carácter radicalmente novedoso, es la de las lucernas. El elenco documentado en castros asturianos queda reducido a tres únicos yacimientos: El Castelón de Coaña, Os Castros de Taramundi y el Chao Samartín. Del primero C. Fernández Ochoa (1980) publica sendos ejemplares exhumados en las campañas de los años cuarenta del pasado siglo dirigidas por Antonio García y Bellido y Juan Uría Rúa. Se trata de piezas de volutas del tipo Loeschcke I fabricadas en la primera mitad del siglo I d. C., la más completa de las cuales presenta una marca de taller consistente en una *T* incisa.

El yacimiento de Os Castros (Taramundi) ha aportado una pieza, aún inédita y expuesta en el Museo del castro del Chao Samartín, que se adscribe al grupo de producciones hispánicas del siglo I d. C. analizadas por A. Morillo (1999) denominadas lucernas derivadas de la Dressel 3 tipo Andújar, caracterizadas por la decoración de venera en el disco. Aunque el origen concreto del ejemplar no puede ser precisado debido a la proliferación de centros productores, se puede aventurar, siguiendo la sugerencia de A. Morillo (2003) y considerando ciertas concomitancias técnicas y la presencia probada de paredes finas de esta misma procedencia, una filiación emeritense (Hevia & Montes, e. p.).

Una de las piezas recuperadas en el Chao Samartín (Hevia, 2006) responde a las mismas características que las descritas para la lucerna de Os Castros, confirmando el flujo de materiales de esta tipología hacia el norte, bien atestiguado en contextos cismontanos (Morillo, 1999). El repertorio de este yacimiento comprende, al menos, otros seis ejemplares. Tres de ellos pertenecen al grupo de lucernas de volutas altoimperiales, destacando las escenas figurativas en el disco de dos de ellas consistentes en una escena mitológica de un Pegaso y una escena gladiatoria respectivamente. Otras dos piezas son lucernas de disco de los tipos Dressel 19 (Hevia, 2006) y Dressel 20 (Villa, 2000: 207), elaboradas entre la segunda mitad



Lucerna de volutas altoimperial con una escena mitológica de Pegaso en el disco, recuperada en el Chao Samartín (foto de Á. Villa)

del siglo I y la primera del II d. C. probablemente en la zona campana o centroitálica. El lote se completa con un ejemplar de las conocidas como lucernas de canal (*firnalampen*) abierto (tipo Loeschcke X). Aunque las primeras producciones corresponden al área itálica, se trata de una forma que arranca su fabricación en las postrimerías del siglo I d. C. con especial querencia por las áreas de frontera con presencia militar y ampliamente imitada en provincias.

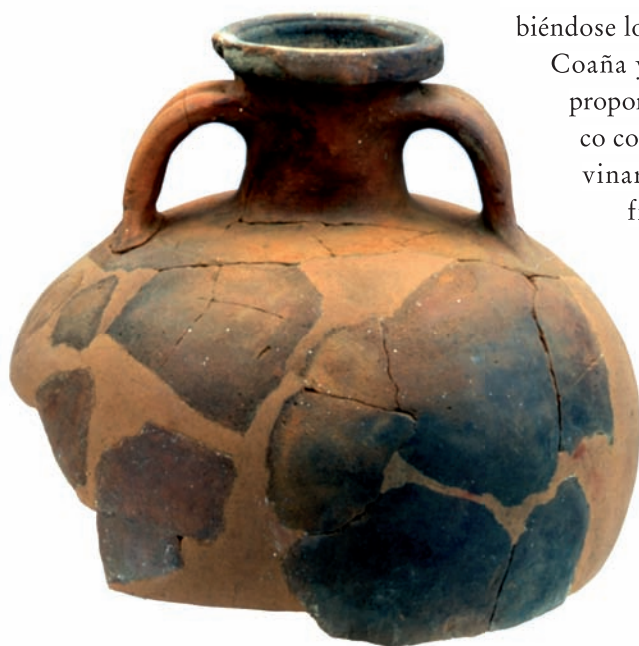
El último grupo de importaciones es el configurado por las ánforas, recipientes diseñados para el transporte marítimo de mercancías y, en consecuencia, excelentes indicadores tanto de los flujos comerciales como de las transformaciones en dietas y costumbres, a partir del análisis de sus contenidos. Los envases de procedencia bética contenedores, sobre todo, de vino, pero también de aceite y salazones (Dressel 7/11), constituyen la mayoría destacada entre los recipientes anfóricos documentados en Asturias, registrándose, en mucha menor proporción, otras procedencias como la itálica, la tarraconense o la gálica.

El repertorio de ánforas documentado en castros en el actual territorio asturiano es, hasta la fecha, muy limitado, circunscribiéndose los hallazgos a La Campa Torres, Llagú, Arancedo, Coaña y Chao Samartín. El más nutrido y variado lo ha proporcionado La Campa Torres, que cuenta entre su elenco con ejemplares republicanos como los envases itálicos vinarios de las formas Dressel I-C y Dressel 2-4 o un fragmento de ánfora greco-itálica, publicados por J. L. Maya y F. Cuesta. El estudio realizado por C. Carreras (1996, 2001) concluye que la morfología dominante en este emplazamiento es el ánfora bética altoimperial Haltern 70, que se acompaña en menor proporción de otros tipos tanto oleícolas como la Dressel 20 (Maya & Cuesta, 1996: 64), como salazoneros y vinarios como la tarraconense Pascual 1 (Carreras, 1996: 209).

Las colecciones del resto de los yacimientos citados resultan mucho más modestas, limitándose a piezas aisladas o conjuntos muy pequeños.

Es el caso de El Castiellu de Llagú, para el que sus excavadores refieren un ejemplar de Dressel 8 de cronología julio-claudia o de La Corona de Arancedo, con representación de los tipos Dressel 20 y Dressel 7-11 publicados por C. Fernández Ochoa (1982: 124).

Algo más pródigos se muestran los registros de El Castellón de Coaña y el Chao Samartín. En el primer caso, disponemos de noticias relativas al hallazgo de piezas de los tipos Haltern 70 (Zarzalejos, 2005: 178), Dressel 20 y Dressel I (Fernández Ochoa, 1982: 116-117). Para el segundo yacimiento, se conocen ejemplares del contenedor salazonero Dressel 7/11 (Hevia 2006) y del ánfora vinaria gala Gauloise 4 (Zarzalejos, 1995: 267).



Ánfora vinaria hallada en el Chao Samartín (Museos arqueológicos de Gijón. FMC y UP)

La cerámica de fabricación regional: pervivencias y síntesis de tradiciones

Los materiales de origen regional o local dominan en los ajuares castreño-romanos, manteniendo, con las debidas matizaciones, algunos de los rasgos que conforman el acervo técnico y estético indígena, hasta el punto de que en cronologías tempranas y en determinados contextos marginales, resulta complejo diferenciar el repertorio prerromano del castreño-romano.

No obstante, el aporte del caudal técnico romano, la asimilación de novedosas prácticas culinarias que demandan instrumental apropiado y el influjo estético, pronto se dejarán sentir en la vajilla castreña. Se inaugura así un proceso de síntesis cuyos confusos inicios habría que situarlos en la primera mitad del siglo I d. C. y que irá forjando en cada ámbito territorial una vajilla propia definida por la simbiosis de elementos romanos y locales (Montes *et al.*, 2001).

En los castros del occidente y sobre todo en el Chao Samartín, en donde los estudios desarrollados sobre diversas series cerámicas han permitido una aproximación más fidedigna a la particular dinámica de este fenómeno, se constata esta peculiar hibridación desde fechas relativamente tempranas. El ejemplo más expresivo lo constituyen ciertas producciones engobadas (Hevia & Montes, e. p.), en las que se combinan aspectos de la tradición indígena como los acabados bruñidos, las cocciones reductoras o las decoraciones estampilladas, con aportes novedosos que se concretan en la aplicación de engobes rojos o ciertos motivos decorativos como los arquillos o las palmetas, que insinúan fenómenos imitativos de la *terra sigillata* (Benítez *et al.*, 1999: 31). La diacronía del proceso encuentra su definitiva culminación avanzado el siglo II d. C., cuando se puede hablar con propiedad de una auténtica cerámica galaico-romana muy alejada de sus precedentes de la Edad del Hierro y que muestra un carácter diferencial respecto a la de otras regiones. En la configuración de esta vajilla no resulta indiferente el papel, auspiciado por el sistema imperial, que desempeña la pujante industria alfarera instalada en Lugo (Alcorta, 2001), a la sazón capital conventual del territorio al que nos referimos.

La constatación de este fenómeno permite, al menos para el ámbito occidental aludido, introducir la perspectiva diacrónica en el análisis y esbozar una diferenciación entre el repertorio tipo del siglo I d. C. y el del II, aun teniendo en cuenta que se trata de una visión simplificada de un proceso sin duda complejo. La vajilla regional de la primera centuria se caracteriza por el fuerte peso del componente tradicional y el radical contraste no ya sólo con las importaciones coetáneas, sino incluso con los primeros productos regionales influenciados. El escaso grado de individualización tipológica es otro de los rasgos definitorios de la cerámica del período, al igual que la aparente indefinición funcional de muchas piezas. Aún así, se comienzan a configurar, al menos desde época flavia, algunas de las fórmulas tipológicas que obtendrán éxito en fechas más tardías, como algunas morfologías con engobe rojo o formas tan originales como unas grandes fuentes biasadas o unos tazones dotados de asa y frecuentemente decorados con líneas bruñidas.



En cronologías tempranas continúa el acervo técnico y estético indígena, hasta el punto que resulta complejo diferenciar lo prerromano de lo castreño-romano. En la imagen de arriba, olla de tradición indígena (foto de Á. Villa). Algunas cerámicas (centro) combinan aspectos de la tradición indígena como los acabados bruñidos, cocciones reductoras o decoraciones estampilladas, como la olla de la imagen, con engobes rojos o motivos decorativos que imitan la *terra sigillata* (foto de Á. Villa). Durante el siglo I d. C. comienzan a aparecer, aún dentro de la tradición indígena, formas originales que obtendrán éxito posteriormente como las fuentes biasadas de la imagen inferior (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

En el siglo II cristaliza definitivamente una cerámica regional como culminación de la síntesis entre lo indígena y lo romano iniciada tiempo atrás. En la imagen, conjunto cerámico del Chao Samartín (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Cuenco carenado de Os Castros (Taramundi) y jarra de boca trilobulada del Chao Samartín que recrean dentro de la cerámica regional un tipo romano (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Estos prototipos convivirán con otras formas exclusivas de esta etapa entre las que se encuentran unas características ollas decoradas con bandas impresas u otras de finos acabados bruñidos con bordes verticales o levemente cóncavos.

La cerámica del siglo II d. C. se define, por el contrario, por la fuerte estandarización de formas que se repiten de modo constante en los ajuares, el mayor grado de especialización funcional de los artefactos y, en última instancia, por la cristalización definitiva de una cerámica regional como culminación de la síntesis iniciada tiempo atrás. En ella se perciben soluciones concretas diversas que van desde la recreación de tipos romanos con rasgos técnicos propios de la industria regional a la renovación de modelos de inspiración tradicional, pasando por toda suerte de soluciones intermedias. Entre las primeras destacan tipos tan clásicos como las jarras de boca trilobulada, los cuencos carenados o los vasos ovoides (Montes, 2005), sustitutos de las genuinas paredes finas en los servicios de mesa de la época. Por lo que respecta a las formulaciones de carácter más indígena o mixto, cabe referir, por ejemplo, el éxito definitivo de las ya referidas fuentes biasadas,

los tazones monoasados o las grandes orzas de almacenaje que refuerzan sus paredes con nervaduras aplicadas (Hevia *et al.*, 2001: 186-190).

La sistematización de tipos, consecuencia, en definitiva, de la consolidación de una auténtica estructura de producción alfarera, se traduce en una cierta monotonía en los tratamientos técnicos y las soluciones estéticas. Dominan, tanto en las vajillas de mesa como en las de cocina, despensa y almacenaje, las tonalidades oscuras, siendo el recurso decorativo preferido la combinación de líneas bruñidas componiendo diversas secuencias (retículas romboidales, series de líneas verticales...) y, en menor porcentaje, la impresión de motivos mediante estampilla. De este reiterativo paisaje se escapan escasas manifestaciones, entre las que cabe destacar una original producción minoritaria de cerámicas de tonalidades blanquecinas y decoraciones pintadas en tonos rojizos con motivos tan característicos como los triángulos rayados o reticulados, los motivos arborescentes, las guirnaldas o los haces de líneas entrecruzadas.

Este panorama, trazado a partir del caso del Chao Samartín, puede ser trasladado con la debida cautela a los demás castros del occidente galaico y zonas limítrofes, tal y como cabe colegir de los datos proporcionados por los trabajos de M. P. Manzano (1990) y C. Marín (2007) sobre los materiales de San Chuis, el análisis de los ajuares de Os Castros de Taramundi acometido por D. Expósito (2004) y F. Rodríguez (2004) o la recopilación de los materiales de las viejas excavaciones efectuada por J. L. Maya (1988). En la mayor parte de estas colecciones, aún a falta de una contextualización adecuada y de una correcta definición de las particularidades sociales y cronológicas locales, se vislumbran elementos que permiten plantear semejanzas de orden genérico.

Lo que acontece en la zona central y oriental de la región está lejos de poder ser precisado, pero es de suponer que se repitan las tendencias comprobadas en el área galaica y en otros puntos del noroeste conducentes a la regionalización (Morillo *et al.*, 2005; Carretero, 2000: 597; Morais, 2005: 130). El repertorio mejor conocido es el procedente de El Castiellu de Llagú, en



Con un carácter más indígena o mixto se afianzan formas cerámicas como los tazones (arriba) o las grandes orzas de almacenaje (abajo) (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Sobresalen en el conjunto cerámico algunas muestras con tonalidades blanquecinas y decoración pintada en tonos rojizos con triángulos rayados o reticulados, motivos arborescentes, guirnaldas o haces de líneas entrecruzadas (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

el que se encuentran presentes, junto a productos netamente romanos del tipo descrito para el caso occidental como las jarras trilobuladas o los platos de engobe rojo interno, morfologías que deben responder a otros patrones, como corresponde a producciones de génesis diferente que suponemos regional o comarcal.

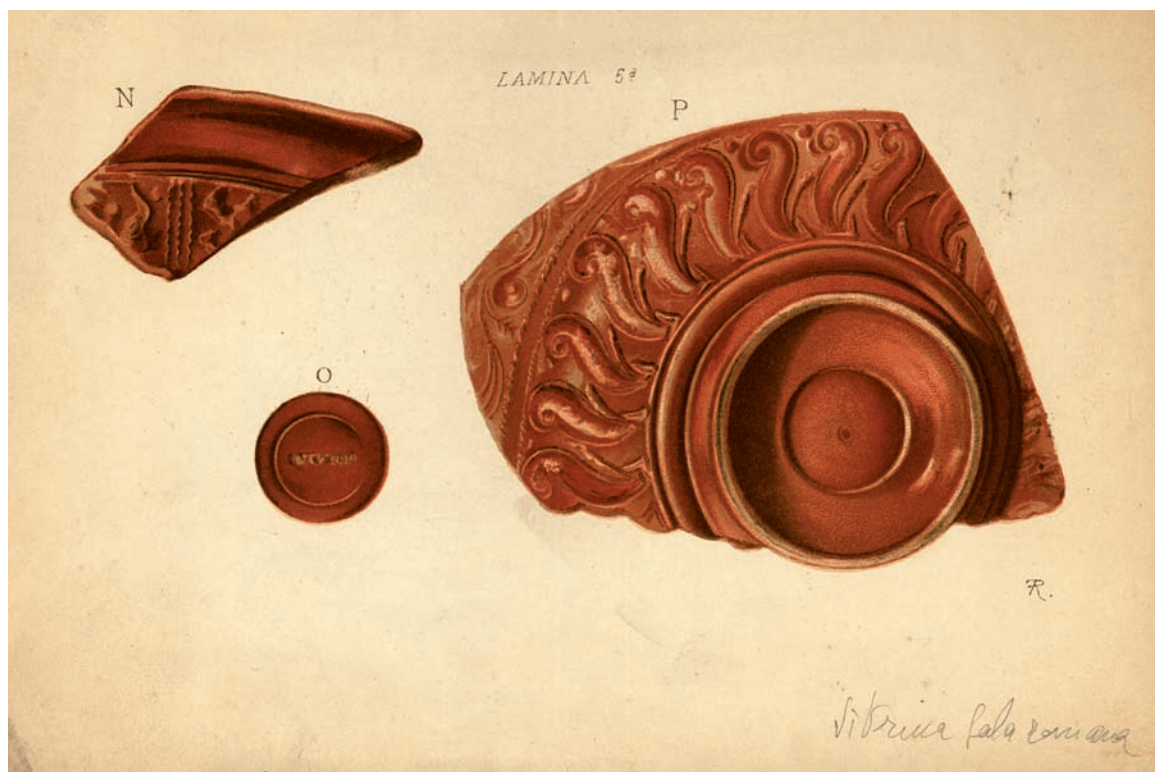
RUBÉN MONTES LÓPEZ Y SUSANA HEVIA GONZÁLEZ

El caso particular de la *terra sigillata*

Introducción y características generales

En las pioneras excavaciones que José M^a Flórez realizó en Coaña en 1877 puso al descubierto alguna *terra sigillata*, como un cuenco casi completo del que ofreció en su publicación un dibujo a la acuarela

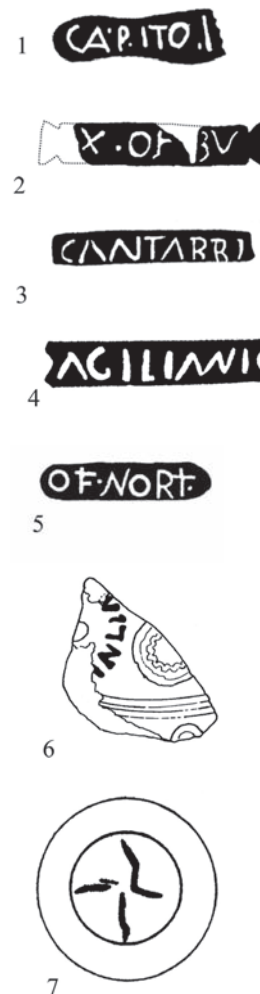
Hace ya más de un siglo que J. M. Flórez, al excavar las ruinas de El Castelón de Coaña, descubrió algunas llamativas piezas cerámicas cubiertas por un barniz rojo brillante y finamente decoradas. Entre otras se hallaba un cuenco casi completo ornado por medio de un motivo decorativo que se ha denominado *navtilus*. Este cuenco se convirtió en la pieza de este tipo más llamativa de cuantas se conocían en Asturias y, por ello, en uno de los escasos recipientes de este grupo expuestos en el Museo Arqueológico de Asturias. A pesar de su temprano descubrimiento apenas se prestó en nuestra región alguna atención a estas cerámicas.



Hoy el panorama ha cambiado y la *terra sigillata* es uno de los materiales de época altoimperial más interesante en la investigación arqueológica. Es un tipo cerámico de uso exclusivo como servicio de mesa, considerado por muchos como la vajilla de lujo de la época. Su denominación, que viene a significar “barro sellado”, deriva de la presencia en algunas piezas de estampillas que pueden presentar diferentes formas: *in planta pedis* (con forma de pie), *in tabula ansata*, cartuchos rectangulares con extremos bífidos o redondeados... Dentro de estas estampillas aparece, en la mayor parte de ocasiones, el nombre del alfarero que confeccionó la pieza aunque no está claro a día de hoy por qué solamente se marcan determinados vasos y no toda la producción. Tal vez, como defienden algunos autores, lo que se pretende señalar con las marcas son lotes de material, puesto que los hornos donde se cocían eran utilizados por varios ceramistas al mismo tiempo y de esa manera cada uno era capaz de reconocer, una vez concluida la cocción, su propia producción. Las marcas se colocan normalmente en la base de la pieza, a veces en el interior y otras veces en la cara externa, aunque en ocasiones los sellos pueden aparecer entre los motivos que ornan la cerámica.

La *terra sigillata* también se caracteriza por el barniz que recubre las piezas. Éste es de coloración rojiza o anaranjada y presenta diferentes tonalidades según las épocas y centros de producción. Se han establecido en el conjunto de las sigillatas dos subgrupos: las piezas lisas, fabricadas a torno, y las decoradas, para cuya elaboración se emplean moldes. Otra de las características destacables de esta familia cerámica es la estandarización de la producción. Los diferentes modelos de platos, cuencos, jarras y vasos se repiten a lo largo del tiempo, produciéndose en su morfología original cambios paulatinos. Junto a esos tipos de recipientes se documentan otras formas menos comunes, caso de lucernas, cantimploras o tinteros. La ya mencionada estandarización de la producción y los estudios estratigráficos de numerosos yacimientos de época altoimperial, pues este tipo de cerámica alcanzó a todos los territorios dominados por Roma, ha permitido la elaboración de cronologías muy afinadas y es por esto que se trata de un valioso material arqueológico. Además, es indicativo del grado de romanización de un pueblo o incluso de la importancia y riqueza del mismo.

Las primeras piezas de esta cerámica roja se fabricaron en la segunda mitad del siglo I a. C. en la península italiana, donde destacaron centros de producción como Pisa y Arezzo. Posteriormente, la *terra sigillata* itálica, pues así se denomina en la actualidad, comenzó a imitarse y fabricarse lejos de Italia. A principios del siglo I d. C. surgen alfares en la Galia como Bram, Lezoux, Montans o La Graufesenque, este último quizás el más importante de todos los centros de producción, considerando sus investigadores que podían cocerse en sus hornos anualmente varios millones de recipientes. Los alfares de Montans (Tarn) y La Graufesenque (Millau) resultan de gran interés para la investigación en Asturias pues serán los que abastezcan en un primer momento a las poblaciones castreñas. Algo más tarde, en la segunda mitad de la primera centuria, surgirán nuevos lugares de producción, esta vez en *Hispania*, donde destacan dos: el complejo alfarero de *Tritivm Magallvm*, radicado en el entorno de Tricio (La Rioja), y los alfares de Andújar, en Jaén. También se fabricó *sigillata* en el



Diversos tipos de marcas de alfarero en cerámicas del Chao Samartín: 1) *in planta pedis*; 2) *in tabula ansata*; 3) rectangular; 4) rectangular con extremos bífidos; 5) rectangular con extremos redondeados; 6) intradecorativa y 7) anepígrafa

norte de África, concretamente en Cartago. La *terra sigillata* africana compitió con la hispánica aunque su distribución es fundamentalmente mediterránea, no habiendo sido documentada hasta hoy en ningún castro asturiano.

Producciones documentadas en castros asturianos

Las producciones de *terra sigillata* itálica, las más antiguas, llegaron a nuestra región de forma muy escasa y solamente se conocen algunos recipientes de este tipo en el castro gijonés de La Campa Torres, aunque es esperable que el avance de la investigación permita localizarlas en más yacimientos castreños. Hace algún tiempo se defendió la existencia de productos itálicos en el castro ovetense de Llagú, cuestión descartada actualmente. La *terra sigillata* gálica es mucho más numerosa y habitual en los castros romanizados y procede de los centros de producción sudgálicos de Montans y La Graufesenque. Aparece representada en el centro de la región en yacimientos como Moriyón (Villaviciosa), La Campa Torres (Gijón) o el castro de Llagú (Oviedo), pero es mucho más numerosa en la zona occidental donde está presente en muchos de los castros excavados en la cuenca del Navia, caso de El Castelón de Coaña, Pencia (Boal), La Escrita (Boal) o Chao Samartín (Grandas de Salime). Este último yacimiento destaca sobre los demás por la gran cantidad y calidad de las vajillas exhumadas. También hay piezas sudgálicas en el castro de Cabo Blanco (El Franco) y en Os Castros (Taramundi). Las producciones hispánicas, exclusivamente procedentes de Tricio, se documentan en todos los castros romanizados, por lo que se debe añadir a los ya

El Chao Samartín destaca sobre los demás yacimientos excavados en Asturias por la calidad y cantidad de las vajillas de *terra sigillata* recuperadas (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)



mencionados en este epígrafe los poblados de San Chuis (Allande), Monte Castrelo de Pelou (Grandas de Salime), San Isidro (Pesoz-San Martín de Oscos), Monte del Castro de Mohías (Coaña) y Castiello de los Vallaos (Cangas del Narcea). Como en el caso de la *sigillata* sudgálica el yacimiento regional de referencia es el Chao Samartín, donde las piezas halladas se cuentan por centenares.

El Picu Castiellu (Moriyón, Villaviciosa)

De los castros estudiados por J. Camino en la ría de Villaviciosa únicamente éste ha proporcionado unos pocos materiales romanos encuadrables en la segunda mitad del siglo I d. C. Entre ellos se citan algunos fragmentos de *terra sigillata* hispánica sin poder determinarse a qué forma corresponden (Camino, 1995b: 119).

La Campa Torres (Gijón)

De las excavaciones dirigidas inicialmente por J. L. Maya, y después en codirección con F. Cuesta, se conocen los primeros fragmentos de *terra sigillata* itálica conocidos en Asturias, los cuales fueron fechados entre la última década del siglo I a. C. y los primeros años del emperador Tiberio y se clasificaron como pertenecientes a los servicios I y II de Haltern (Maya, 1988). También se recuperaron en este castro numerosos fragmentos de *terra sigillata* sudgálica procedentes de Montans, entre ellos un vaso de la forma Drag. 27 con la marca del alfarero *Ivllvs*, así como *terra sigillata* hispánica lisa y decorada. Se conoce además la presencia de la forma Ritt. 12 sudgálica y las formas hispánicas Ritt. 8, Drag. 15/17, Drag. 27, Drag. 35 y Drag. 36.



Marca de alfarero en una *terra sigillata* de la Campa Torres y fragmentos con decoración del mismo yacimiento

Castiellu de Llagú (Oviedo)

La excavación llevada a cabo por varios arqueólogos desde 1994 procuró un lote de materiales donde se hallan presentes sigillatas gálicas e hispánicas. Se ha publicado una memoria de los trabajos realizados hasta 2001 por la cual sabemos que se recuperaron en el castro un centenar y medio de recipientes, de los cuales 109 eran hispánicos y 34 sudgálicos, mayoritariamente procedentes de Montans, exis-

tiendo siete fragmentos de dudosa atribución (Berrocal *et al.*, 2002: 140). Los alfareros sudgálicos representados en el yacimiento son: *Verecvndvs* de Montans, *Sextvs Ivllvs Primigenivs*, decorador también de Montans, aunque esta marca ha sido recientemente atribuida por el investigador T. Martin al alfarero *Ivllvs* (Martin, 2005: 50), y *Elvinvs*, alfarero de La Graufesenque, aunque también pudiera tratarse según el autor aludido de un sello de *Malcivs* de Montans (Martin, 2005: 50). Las formas de *sigillata* sudgálica documentadas son: Drag. 15/17, Drag. 18, Drag. 27, Drag. 35, Drag. 29b y Drag. 30. De *terra sigillata* hispánica se cuenta con las formas Drag. 15/17, Drag. 27, Drag. 35, Drag. 36 y Drag. 29 y Drag. 37b.

El Monte del Castro de Mohías (Coaña)

Por desgracia, a pesar de haber sido extensamente excavado, únicamente conocemos algunos fragmentos de *terra sigillata* sudgálica e hispánica (Fernández Ochoa, 1982; Maya, 1988). Se han localizado en Mohías las siguientes formas sudgálicas: Drag. 35, Drag. 29b y Drag. 40. Las formas hispánicas conocidas son: Drag. 15/17, Drag. 35, Drag. 29 y Drag. 37a.

El Castelón (Coaña)



Terra sigillata
hallada en las
excavaciones de El
Castelón (Coaña)

Lejos de lo que cabría suponer tras una historia de intervenciones muy dilatada apenas se conocen unas decenas de piezas cerámicas, resultando la mayoría producciones de *terra sigillata* sudgálica e hispánica. Entre las piezas sudgálicas destaca gran parte de un cuenco de la forma Drag. 29 a/b sellado por el alfarero *Ivcvndvs* y publicado en numerosas ocasiones y por varios autores como producto de La Graufesenque. Hoy se sabe, gracias a T. Martin (2005:50), que esta pieza es fruto del trabajo de los alfareros de Montans. Además del mencionado están representados los alfareros *Ivllvs* y *Privatvs*, también montaneses. Otras formas sudgálicas halladas en el castro son: Ritt. 9, Drag. 15/17, Drag. 18, Drag. 24/25, Drag. 27, Drag. 29b y Drag. 30. Entre las formas hispanas reconocidas están: Hisp. 7, Ritt. 8, Drag. 15/17, Drag. 29, Drag. 30 y Drag. 37a.

Castro de La Escrita (Boal)

Se conocen como procedentes de este yacimiento y debidos a las prospecciones llevadas a cabo por J. M. Fernández Buelta a mediados del siglo pasado unos pocos fragmentos de *terra sigillata* sudgálica, así como algún otro de origen hispano (Maya, 1988: 201 y 215). Se cuenta en este castro con las formas sudgálicas Drag. 15/17, Drag. 24/25, Drag. 27 y Drag. 29b y la hispánica Drag. 24/25.

Castro de Pendaria (Boal)

Tampoco en este caso la extensión de la intervención arqueológica es proporcional a la información publicada, de modo que tan sólo conocemos un reducido número de fragmentos cerámicos entre los que se encuentra parte de una base de *terra sigillata* con el sello *IV.LVS*, que García y Bellido atribuyó al alfarero de La Graufesenque *Ivllvs* (García y Bellido, 1942a: 49), y un fragmento de *terra sigillata* hispánica de la forma Drag. 35 (Fernández Ochoa, 1982; Maya, 1988).

Castro de San Isidro (San Martín de Oscos-Pesoz)

Las campañas de sondeos realizadas en este yacimiento entre 1986 y 1988 proporcionaron algunos fragmentos de *terra sigillata* que sirvieron para datar el yacimiento y aún permanecen inéditos (Carrocera, 1992: 129-130). En la actualidad se reinterpreta el yacimiento como posible asentamiento militar de fines del siglo I d. C. (Villa, 2007: 131-132).

Castro de Chao Samartín (Grandas de Salime)

Es el yacimiento de época altoimperial romana que cuenta con mejores colecciones de *terra sigillata* de los investigados hasta el momento en la región. El Chao Samartín ha proporcionado hasta el momento más de un millar de piezas de las que casi dos centenares son de fabricación sudgálica, de los centros de producción de Montans y de La Graufesenque, estando más representado el primero de ellos. En este castro se han encontrado los primeros y únicos fragmentos recuperados en Asturias de *terra sigillata marmorata*, variedad de la *sigillata* sudgálica denominada así porque su decoración imita las irisaciones del mármol (Menéndez & Sánchez: 2001). También se exhumaron centenares de piezas de origen hispánico fabricadas en Tricio. En la actualidad el número de marcas de alfarero supera la cincuenta, en claro contraste con la escasez de sellos procedentes del resto de excavaciones en castros asturianos, donde apenas se han publicado media docena. No resulta extraña la riqueza material del poblado, pues la existencia de una ocupación de carácter castrense junto a la construcción en el mismo de una *domus* genuinamente romana debió convertirlo en un importante centro administrativo y comercial. Además, el obligado abandono del poblado debido a su destrucción por un movimiento telúrico posibilitó la conservación en el sitio de miles de materiales arqueológicos.



En el Chao Samartín se conocen ya más de cincuenta marcas de alfarero como la de la imagen (foto Á. Villa)



Diversas muestras de recipientes cerámicos de *terra sigillata* recuperados en las excavaciones del Chao Samartín (fotos de J. Arrojo / Consejería de Cultura)



La colección de *terra sigillata* del Chao Samartín, como se ha dicho, es muy extensa (Menéndez & Sánchez, 2005, Sánchez & Menéndez, 2005). Se hallan representadas un buen número de formas sudgálicas, la mayoría inéditas en la región. Tampoco es corta la lista de las formas hispanas ya que se han documentado prácticamente la totalidad de las formas más comunes, habiendo aparecido otras poco habituales en muchos yacimientos. Las sudgálicas representadas hasta el momento son las formas: Ritt. 1, Hermet 7, Ritt. 8, Ritt. 9, Curle 11, Ritt. 12, Ritt. 13, Drag. 15/17, Drag. 16, Drag. 18, Drag. 19, Drag. 24/25, Drag. 27, Drag. 29b, Drag. 29c, Drag. 30, Drag. 35, Drag. 36, Drag. 37a, Drag. 40 y Knorr 78. Las hispánicas reconocidas hasta la fecha son: Hisp. 2, Ritt. 8, Ritt. 13, Hisp. 14, Drag. 15/17, Drag. 17, Hisp. 22, Drag. 24/25, Drag. 27, Drag. 29, Drag. 29/ 37, Drag. 30, Drag. 35, Drag. 36, Drag. 39, Drag. 44, Drag. 46, Drag. 37a, Drag. 37b y Dech. 67.

Castro del Monte Castrelo de Pelou (Grandas de Salime)

Las recientes investigaciones acometidas en el yacimiento han permitido el hallazgo de algunos fragmentos de *terra sigillata* hispánica correspondientes a las formas Drag. 27 y Drag. 29.

Castro de San Chuis (Allande)

De este yacimiento solamente conocemos unas pocas piezas, tanto de *terra sigillata* como de cerámica común, procedentes de las intervenciones de los años sesenta y publicadas por J. L. Maya (1988: 156-157, 203, 209, 218, 224-225, 232-233) y C. Fernández Ochoa (1982: 125-130). Las formas cerámicas conocidas hasta el momento son: Drag. 15/17, Drag. 24/25, Drag. 27 y Drag. 36.

Castro de Larón (Cangas del Narcea)

Algunos sondeos arqueológicos llevados a cabo por J. L. Maya y M. Á. de Blas (1983) en este castro proporcionaron solamente una base de *terra sigillata* hispánica.

Castiello de Tremado (Cangas del Narcea)

Recientemente se han dado a conocer algunos materiales arqueológicos procedentes de este castro (Fanjul *et al.*, 2007: 90), entre ellos algunas piezas de *terra sigillata* hispánica pertenecientes a una colección particular. Los autores del estudio no han ofrecido la clasificación de las piezas.

Castro de Arancedo (El Franco)

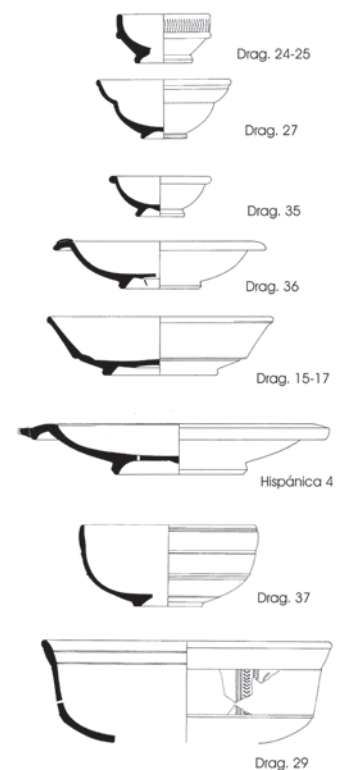
Los materiales procedentes de las diferentes excavaciones fueron clasificados por C. Fernández Ochoa (1982) y J. L. Maya (1988), destacando la presencia de *terra sigillata* sudgálica. Entre las escasas formas representadas en este poblado se cuenta con las sudgálicas Drag.15/17 y Drag. 24/25 y las hispánicas Drag. 15/17, Drag. 27 y Drag. 37a.

Castro de Cabo Blanco (El Franco)

Las excavaciones en curso en este castro costero han deparado el hallazgo de algunos fragmentos de *terra sigillata* sudgálica e hispánica. Lo fragmentado y escaso de la muestra no permite la clasificación tipológica de las piezas recuperadas.

Os Castros (Taramundi)

Aunque el repertorio cerámico del yacimiento no es demasiado extenso se han reconocido más de un centenar de piezas correspondientes a *terra sigillata* sudgálica de Montans, entre ellas una de las piezas más modernas documentadas en



Formas más frecuentes de *terra sigillata* en los castros asturianos (dib. Equipo Arqueológico Chao Samartín)

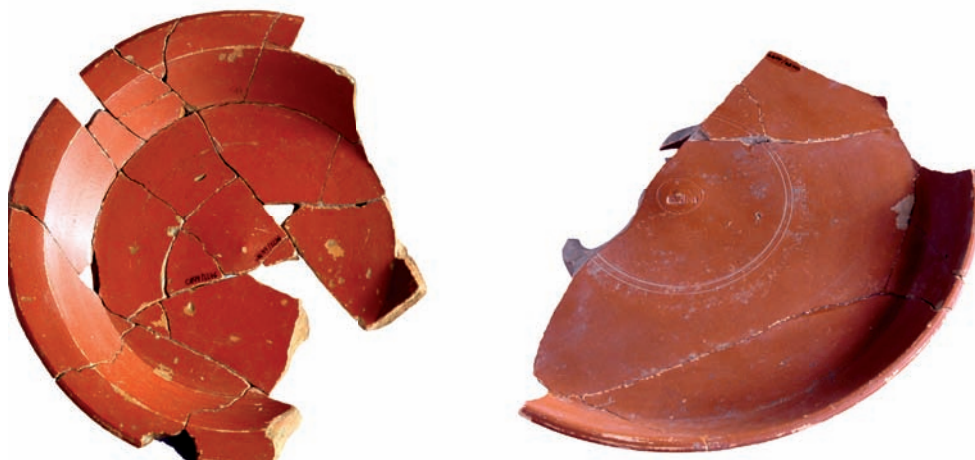
Asturias, un cuenco de la forma Drag. 37. No faltan en el conjunto piezas hispánicas, que superan en número a las sudgálicas. Estos materiales se encuentran en la actualidad en estudio, esperándose su publicación en breve. Se han identificado las formas hispánicas: Drag. 15/17, Drag. 17, Drag. 18, Drag. 35, Drag. 36 y Drag. 37a. (Villa *et al.*, 2007).

Las rutas comerciales

De los primeros recipientes de *terra sigillata* itálica descubiertos en la región apenas si pueden apuntarse mayores datos acerca de su vía de llegada, producida presumiblemente de la mano de las tropas imperiales en momentos inmediatos a la conquista. Con mayor seguridad pueden esbozarse los itinerarios seguidos por las vajillas sudgálicas e hispánicas.

Las primeras siguieron diferentes rutas según su procedencia, Montans o La Graufesenque. Las de Montans serían llevadas desde el alfar de procedencia al puerto de *Burdigala*, la antigua Burdeos, desde donde serían embarcadas para ser repartidas por diferentes yacimientos situados en las costas cantábricas, desde donde penetran tímidamente hacia las tierras interiores. De esta manera llegarían a La Campa Torres, seguramente un enclave de primer orden en los albores de la primera centuria de la era, y luego se redistribuirían hacia castros más interiores como Llagú. Las naves de los comerciantes proseguirían por la costa hacia el oeste llegando a las bocas de las rías del Navia y el Eo, donde seguramente se desembarcaban y siguiendo los valles de estos ríos ascenderían a las partes altas de las cuencas, llegando a castros tan importantes como el Chao Samartín. Seguramente desde este yacimiento y también desde la boca del río Eo seguirían rutas hacia el interior, llegando a la misma capital conventual, la ciudad de *Lucus Augusti*, actual Lugo, pues apenas se han documentado materiales de Montans en las costas gallegas y resulta ser el castro de Chao Samartín el yacimiento con el mayor número de marcas del alfar de Montans en todo el noroeste hispano, teniendo solamente en cuenta las publicadas hasta la fecha.

Las producciones de *terra sigillata* debieron de llegar a Asturias por mar, embarcadas en el puerto de *Burdigala* (Burdeos) las de Montans, para ser desembarcadas posiblemente en La Campa Torres; mientras que las procedentes de La Graufesenque se debían de embarcar en *Narbo* (Narbona) y llegar a *Tarraco* (Tarragona), desde donde seguirían rutas terrestres posiblemente por el valle del Ebro hasta alcanzar el noroeste de *Hispania* (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Las cerámicas fabricadas en La Graufesenque alcanzaron los castros asturianos siguiendo una ruta que desde el centro productor llegaba a la ciudad costera mediterránea de *Narbo* (Narbona), donde eran embarcadas para seguir una ruta de cabotaje similar a la cantábrica, resultando testimonios de la misma los pecios cargados de *terra sigillata*, como el Culip IV, navío hundido en la costa gerundense. Desde el litoral catalán, quizás partiendo de la propia capital provincial *Tarraco* (Tarragona), las sigillatas, junto a otros muchos materiales, tomaban las vías que por el valle del Ebro alcanzaban el noroeste de *Hispania*, arribando a enclaves como *Legio* (León), desde donde serían reenviadas hacia Asturias seguramente por la vía Carisa, o *Lucus Augusti*, ciudad usada como centro de distribución de estas sigillatas hacia castros como el Chao Samartín y otros yacimientos asentados en el mismo territorio. Para ello tomarían la vía secundaria que comunicaba esta importante ciudad romana con el centro de Asturias. Las vajillas de Tricio compartieron, aunque algunas décadas más tarde, desde La Rioja, la misma ruta que habían utilizado los mercaderes que comerciaban con las vajillas de La Graufesenque.

Cronología y conclusiones

Hace poco más de una década apenas se conocía un pequeño número de recipientes de *terra sigillata* procedentes de castros asturianos o incluso de otro tipo de yacimientos de época altoimperial romana, resultando cuando menos difícil la realización de investigaciones sólidas sobre este tipo cerámico. Las excavaciones sistemáticas acometidas en los yacimientos de la cuenca del Navia han cambiado radicalmente ese panorama. Hoy se cuentan por miles las piezas recuperadas y se han comenzado a realizar importantes trabajos de investigación sobre las cerámicas que componen este tipo de vajilla de mesa.

Actualmente sabemos que las sigillatas más antiguas, las itálicas, llegaron a Asturias en las últimas décadas de la primera centuria antes de nuestra Era teniendo como punto de recepción el castro de La Campa Torres, aunque por el momento se trata de un hecho aislado dado lo exiguo de su número. La presencia en la región de recipientes de *terra sigillata*, ya en cantidad significativa y extendidos a la totalidad del territorio, arranca en la parte final del reinado de Tiberio, como demuestran algunas piezas de Montans halladas en el Chao Samartín. Este centro productor parece que surtió de cerámica a los castros asturianos en mayor proporción que La Graufesenque pues el número de piezas de esta procedencia exhumadas hasta la fecha supera ligeramente al de los productos de Millau. Las cerámicas de La Graufesenque comenzaron a comercializarse en la región poco después, a partir de Claudio, remitiendo ambos centros productores sus cerámicas hacia la región hasta que en época del emperador Vespasiano el comercio de cerámicas sudgálicas con los castros asturianos prácticamente desaparece estrangulado por la competencia que significó la puesta en marcha del centro productor hispánico de *Tritivm Magallvm* y sólo ocasio-

nalmente llegan a algunos castros del occidente, como el Chao Samartín y Os Castros de Taramundi, algunas piezas de Montans ya en el siglo II d. C.

Dejando de lado lo exclusivamente material podemos señalar que estas cerámicas no solamente revisten importancia por ser indicadores cronológicos, sino porque son capaces de aportar interesantes datos sobre el grado de romanidad de las gentes que las utilizaron pues, según nuestro parecer, quien adquiere caros objetos decorados con imágenes de dioses del panteón romano, representaciones mitológicas clásicas o escenas de caza de animales desconocidos en su mundo, debía verse en alguna manera influenciado en su pensamiento y por tanto en su *modus vivendi*. Es muy probable que en territorios como el nuestro, tardíamente romanizado, la *terra sigillata* se hubiera erigido en un vehículo más de romanización.

ALFONSO MENÉNDEZ GRANDA Y ESTEFANÍA SÁNCHEZ HIDALGO



La recuperación de vajillas de *terra sigillata* en los castros revela la adopción de un *modus vivendi* romano. Esta cerámica se debió de erigir en un vehículo más de la romanización en la *Hispania* del noroeste (foto de J. Arrojo / Consejería de Cultura)

Bibliografía

ALCORTA IRASTORZA, E. J. (2001): *Lucus Augusti II. La cerámica común romana de cocina y mesa hallada en las excavaciones de la ciudad*. Lugo.

BENÉITEZ GONZÁLEZ, C.; HEVIA GONZÁLEZ, S. Y MONTES LÓPEZ, R. (1999): “Cerámica común romana del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). I. Vajilla de mesa y despensa”, en *Lancia*, 3. León, 11-48.

BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P. Y RUIZ TREVIÑO, C. (2002): *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Madrid.

BLAS CORTINA, M. Á. DE (1995): “Vasos de madera y vasos cerámicos: un probable origen romano de ciertas formas en las vajillas de madera de la tornería tradicional”, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 61. Valladolid, 173-183.

CAMINO MAYOR, J. (1995a): “Vasijas decoradas”, en *Astures. Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón, 248.

— (1995b): “Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro”, en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 3, 1991-1994*. Oviedo, 117-126.

— (1997): “Excavaciones en castros de la ría de Villaviciosa”, en *Estudios del poblamiento prerromano de la ría de Villaviciosa. Cuadernos Cubera nº 9*. Villaviciosa, 43-86.

CAMINO MAYOR, J. Y VILLA VALDÉS, A. (2003): “La bahía de Gijón y las rutas marítimas prerromanas en la costa cantábrica de la Península Ibérica”, en C. Fernández Ochoa (ed. cient.): *Gijón puerto romano*. Gijón, 45-59.

CARRERAS MONFORT, C. (1996): “El comercio en Asturias a través de las ánforas”, en Fernández Ochoa, C. (coord): *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Gijón, 205-210.

CARRETERO VAQUERO, S. (2000): *El campamento romano del ala II Flavia en Rosinos de Vidriales (Zamora). La cerámica*. Zamora.

— (2005): “Producción y consumo cerámico en el ámbito militar durante el Alto Imperio en el Noroeste peninsular”, en C. Fernández Ochoa y P. García Díaz (ed.): *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana, III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, BAR Internacional Series 1371*. Oxford, 109-124.

CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1992): “Excavaciones arqueológicas en el occidente de Asturias (Campañas de 1987-1990)”, en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 2, 1987-1990*. Oviedo, 129-136.

CARROCERA FERNÁNDEZ, E. Y REQUEJO PAGÉS, O. (1989): “Producciones cerámicas tardías en castros y villas asturianas”, en *Boletín de Arqueología Medieval*, 3. Madrid, 21-30.

FANJUL PERAZA, A.; FLÓREZ DE LA SIERRA, D. Y GARCÍA ÁLVAREZ-BUSTO, A. (2007): “Nuevos datos estructurales y materiales del castro de Tremao (Cangas del Narcea, Asturias)”, en *Lancia*, 6. León, 87-102.

EXPÓSITO MANGAS, D. (2004): *Clasificación tipológica de la cerámica común romana del yacimiento de Os Castros (Taramundi)*. Trabajo de investigación Curso de Doctorado, inédito.

FERNÁNDEZ MIRANDA, M. Y FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1995): *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón.

FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1980): “Notas sobre lucernas romanas de Asturias”, en *BIDEA*, 99. Oviedo, 323-330.

— (1982): *Asturias en la época romana*. Monografías Arqueológicas, 1. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.



El hecho de que el Chao Samartín haya sido abandonado a consecuencia de un movimiento sísmico ha favorecido la recuperación de una copiosa colección de *terra sigillata* (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura y Á. Villa)

FERNÁNDEZ OCHOA, C. Y MORILLO CERDÁN, Á. (2002): “Romanización y asimilación cultural en el Norte Peninsular. Algunas reflexiones sobre un *topo* historiográfico desde una perspectiva arqueológica”, en Villa Valdés, Á. y Blas Cortina, M. Á. de (ed.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la península ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña. Coloquios de arqueología en la cuenca del Navia. Homenaje al prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles*. Navia, 261-277.

- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): "El Castro de Pendia", en *Archivo Español de Arqueología*, XV, 49, 288-305.
- GIMENO GARCÍA-LOMAS, R. (1990): "El alfar romano de Melgar de Tera", en *Actas del primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. Zamora, 587-610.
- HEVIA GONZÁLEZ, S. (2006): *Castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). El ajuar cerámico del siglo I d.C.* Trabajo de investigación Curso de Doctorado, inédito.
- HEVIA GONZÁLEZ, S. Y MONTES LÓPEZ, R. (e. p.): "Cerámica común del siglo I d. C. en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). Notas sobre el repertorio en un ambiente militarizado", en *XX Congreso Internacional de estudios sobre la frontera romana*. León, septiembre 2006.
- HEVIA GONZÁLEZ, S.; MONTES LÓPEZ, R. Y BENÉITEZ GONZÁLEZ, C. (2001): "Cerámica común romana del Chao Samartín II. Vajilla de cocina", en *B.S.A.A.*, LXV. Valladolid, 153-196.
- JONCHERAY, J. P. (1973): "Contribution à l'étude de l'épave Dramont D (campagnes 1970-71)", en *Cahiers d'Archéologie Subaquatiques*, II, 9-48.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F.; ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. Y LÓPEZ MARCOS, M. Á. (1999): "Excavación en el castro de Llagú, Latores (Oviedo 1998). Avance de los resultados", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4, 1995-1998. Oviedo, 237-251.
- MANZANO HERNÁNDEZ, M. P. (1990): "Avance sobre la cerámica común del castro de San Chuis -Pola de Allande-", en *Zephyrus*, XXXIX-XL. Salamanca 1986-1987, 397-410.
- MARÍN SUÁREZ, C. (2007): "Los materiales del castro de San L. Luis (Allande, Asturias)", en *Complutum*, 18. 131-160.
- MARTIN, Th. (2005): "Pérille Aquitain, commerce transpyrénéen et diffusion atlantique des céramiques sigillées de Montans en direction des marchés du nord et du nord-ouest de la péninsule ibérique", en *La difusió de la Terra Sigillata sudgàlica al nord de Hispania*. Monografies, 6. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Barcelona, 21-62.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, E. (2006): "Cerámica romana de paredes finas de época julioclaudia en el campamento de la Legio VI victrix. Estudio preliminar de los materiales procedentes del polígono de La Palomera", en Á. Morillo (ed.): *Arqueología romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León, 399-417.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, Estudios de Antigüedad, 4/5. Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. Y BLAS CORTINA, M. Á. DE (1983): "El castro de Larón (Cangas de Narcea, Asturias)", *N.A.H.* 15, 153-192.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. Y CUESTA TORIBIO, F. (1993): "Indigenismo y romanización", en *Orígenes. Arte y cultura en Asturias. Siglos VII-XV*. Oviedo, 11-49.
- (1996): "Cuestiones cronológicas y comercio en la Campa Torres (Gijón, Asturias)", en Fernández Ochoa, C. (coord): *Los finisterres atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Gijón, 61-68.
- (2001): *El castro de La Campa Torres. Período Prerromano*, Gijón.
- MENÉNDEZ GRANDA, A. Y SÁNCHEZ HIDALGO, E. (2001): "Terra sigillata marmorata documentada en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)", en *Memorias de Historia Antigua*. Oviedo, 217-226.
- (e. p.): *La Terra Sigillata del castro de Chao Samartín (Asturias): aproximación a su estudio*. Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo del Principado de Asturias.
- MONTES LÓPEZ, R. (2004): "Aproximación a los hallazgos de paredes finas de Melgar de Tera en Asturias. Nuevas piezas procedentes del Chao Samartín (Castro, Grandas de Salime)", en *Sautuola*, X. Santander, 281-294.
- (2005): *Vajilla para beber de época altoimperial romana procedente del castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)*. Trabajo de investigación Curso de Doctorado, inédito.
- MONTES LÓPEZ, R.; BENÉITEZ GONZÁLEZ, C. Y HEVIA GONZÁLEZ, S. (2001): "La cerámica común romana del Chao Samartín. Base para una tipología en el territorio lucense (finales del s. I -1ª mitad s. II d.C.)", en *Rev. Arqueología*, 247, 28-37.
- MORAIS, R. M. L. (2005): "Produção e comércio de cerâmicas em Bracara Augusta", en C. Fernández Ochoa y P. García Díaz (ed.): *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana, III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, BAR Internacional Series 1371*. Oxford, 125-138.
- MORILLO CERDÁN, Á. (1999): *Lucernas romanas en la región septentrional de la Península Ibérica. Contribución al conocimiento de la implantación romana en Hispania*. Monographies Instrumentum, 8. Montagnac.
- (2003): "Implantación romana y asimilación cultural en la Hispania septentrional a partir de los testimonios lucernarios", en *Lych-nological News / Noveautés Lychnologiques* 2003, 187-206.
- MORILLO CERDÁN, Á.; AMARÉ TAFALLA, Mª. T. Y GARCÍA MARCOS, V. (2005): "Asturica Augusta como centro de producción y consumo cerámico", en C. Fernández Ochoa y P. García Díaz (ed.): *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana, III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, BAR Internacional Series 1371*. Oxford, 139-161.
- RODRÍGUEZ DEL CUETO, F. (2004): *Caracterización técnica de la Cerámica Común Romana del castro de Os Castros (Taramundi)*. Trabajo de investigación Curso de Doctorado, inédito.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1996): *Materiales de un alfar emeritense: Paredes finas, lucernas, sigillatas y terracotas*. Cuadernos Emeritenses-11. Mérida.
- SÁNCHEZ HIDALGO, E. (2003): *Cerámica sellada de época romana en Asturias. Las marcas de alfarero del Chao Samartín*. Trabajo de investigación Curso de Doctorado, inédito.
- SÁNCHEZ HIDALGO, E. Y MENÉNDEZ GRANDA, A. (2005): "Avance al estudio de la Terra Sigillata Sudgálica del castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)", en *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana II. Producción, circulación y consumo*, en *British Archaeological Report* 1371. Oxford, 231-238.
- URÍA RÍU, J. (1941): "Fragmentos de cerámica excisa del Castellón de Coaña", en *Archivo Español de Arqueología*, 43.
- VILLA VALDÉS, Á. (2000): "Nuevas lucernas de época romana en Asturias", en *Boletín Anual del Museo Arqueológico de Asturias* 1998. Oviedo, 203-21.
- (2007): "La excavación arqueológica del castro de Chao Samartín en el período 1999-2002. Precisiones sobre su origen y pervivencia", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5, 1999-2002. Oviedo, 123-134.
- VILLA VALDÉS, Á.; MENÉNDEZ GRANDA, A. Y FANJUL MOSTEIRÍN, J. A. (2007): "Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os Castros, Taramundi", en *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5, 1999-2002. Oviedo, 267-275.
- ZARZALEJOS PRIETO, M. (1995): "Ánfora romana fragmentada", en *Astures. Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón, 266.
- (2005): "Comercio y distribución de cerámicas romanas en Asturias", en Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P. (eds): *III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón. Unidad y diversidad en el arco Atlántico en época romana*. Gijón.

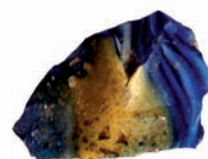
El vidrio en la vajilla castreña de época romana

La vajilla de vidrio irrumpe en la cultura material de los castros asturianos con la romanización como producto de talleres foráneos peninsulares, así como producciones minoritarias de origen gálico e itálico. Puntuales hallazgos en los yacimientos de Arancedo (El Franco), el Castelón de Coaña y San Chuis (Allande) hicieron pensar durante décadas en la práctica inexistencia de este material en la vida cotidiana castreña, hasta que la exhumación de la excepcional colección de vidrios del castro del Chao Samartín (Grandas de Salime), la interesante aunque pequeña colección hallada en el Castiello de Llagú (Oviedo) y otros ejemplares localizados en La Campa Torres (Gijón) y Os Castros (Taramundi) vinieron a demostrar la asimilación del vidrio junto con otros materiales de claro corte romano.

En el estudio de la vajilla de vidrio romano de los castros asturianos hay que tener en cuenta la dificultad que supone la identificación precisa de formas a partir de fragmentos, ya que no se hallan piezas ni perfiles completos, a pesar de lo cual se documenta una notable variedad formal y técnica. Aún así, los hallazgos permiten reconocer cuencos realizados mediante la técnica del moldeado y un amplio repertorio de vasos, botellas, jarras, tarros, ungüentarios y otras formas elaboradas mediante la técnica del soplado con caña libre o el soplado en molde.

Los cuencos de costillas elaborados en vidrio monocromo o vidrio mosaico (forma *Isings 3*) aparecen documentados en los castros de Arancedo, el Castelón de Coaña, Chao Samartín, Castiello de Llagú, La Campa Torres y Os Castros, tratándose por tanto de un hallazgo habitual, aunque minoritario, en los castros asturianos. Elaboradas mediante la técnica del moldeado, resultaban piezas de buena calidad y precio elevado, fundamentalmente aquellas fabricadas en vidrio mosaico, y por tanto reservadas a un reducido mercado de lujo.

La técnica del soplado con caña, descubierta a mediados del siglo I d. de C., permitía la producción de recipientes de manera más fácil y rápida que otras técnicas ya conocidas y la creación de una gran variedad de formas. La vajilla de vidrio, restringida hasta entonces para uso de una elite, se convertía de esta manera en un material de uso común y cotidiano, si bien hay que distinguir entre una producción corriente y numerosa y otra más selecta de piezas únicas. La irrupción de productos vítreos en la cultura material de los castros asturianos, ya en el siglo I d. de C., se produce en este contexto de generalización de la vajilla de vidrio. Este tipo de vajilla ordinaria se halla ampliamente representado entre los centenares de fragmentos de recipientes de vidrio del castro del Chao Samartín, documentándose una proporción mayoritaria de vidrio soplado de color verde azulado. Éste es el color natural del vidrio y está producido por la presencia de óxidos de hierro en la arena con que se fabricaba y es característico de las producciones corrientes. En este grupo son muy frecuentes los ejemplares identificados de botellas o tarros de cuerpo prismático (formas *Isings 50* e *Isings 62*), obtenidos mediante la técnica del soplado en molde que imprime motivos en relieve en la base. Elaborados en vidrio verde azulado soplado al aire, identificamos en este mismo yacimiento un ungüentario y un aríbalo (forma *Isings 61*), vasijas relacionadas con el aseo personal, así como un



Se han recuperado en algunos castros fragmentos de cuencos de costilla elaborados en vidrio monocromo o vidrio mosaico, piezas de buena calidad y precio elevado reservado a un reducido mercado (foto de Á. Villa)



Vaso de la forma *Isings 12* elaborado en vidrio de tono azulado recuperado en el Chao Samartín (Museos arqueológicos de Gijón / FMC y UP)



También se recuperan en los castros asturianos pequeñas cuentas de collar de vidrio como la de la imagen (foto Á. Villa)

vaso (forma *Isings 12*) en vidrio más azulado. Por otro lado, no es infrecuente el hallazgo de vidrios finos e incoloros, pertenecientes a vasos, jarras y otros recipientes fabricados mediante soplado y frecuentemente decorados con finas líneas grabadas en frío.

Como ejemplos de producciones de vidrio soplado de calidad, señalamos un pequeño fragmento de vidrio doble elaborado con dos capas superpuestas en vidrios azul cobalto traslúcido y blanco opaco, así como el fragmento de un excepcional vaso troncocónico en vidrio incoloro decorado con motivo de facetas en talla profunda (forma *Isings 21*), hallados ambos en el castro del Chao Samartín.

No es infrecuente la documentación de pequeñas piezas de adorno personal o cuentas de collar de vidrio (Chao Samartín, Castiello de Llagú, La Campa Torres, Os Castros), tipo de objetos ya identificados en períodos de ocupación anteriores. Junto a piezas comunes de vidrios de colores —cuentas monócromas y cuentas oculadas polícromas—, destacan por su singularidad las cuentas de vidrio incoloro decoradas con lámina de oro (*gold band*) halladas en el castro del Chao Samartín. Cabe señalar el hallazgo de piezas de juego (*calculi* o *latrunculi*) elaboradas en vidrios de colores, para la práctica de diversos juegos sobre un tablero (Chao Samartín, La Campa Torres y Os Castros).

BELÉN MADARIAGA GARCÍA

Bibliografía

BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ, P.; RUIZ, C. (2002): *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Real Academia de la Historia-Principado de Asturias, Madrid.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1941): "El castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura", en *Archivo Español de Arqueología*, n° 42. Madrid.

ISINGS, C. (1957): *Roman glass from dated finds*. Groningen/Djarkarta.

MAYA, J. L. (1988): "La cultura material de los castros asturianos", en *Estudios de la Antigüedad*, 4 / 5. Bellaterra, pp. 277-278.

ZARZALEJOS PRIETO, M. (1995): "Vidrio romano del Castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)", en *Astures*. Gijón, p. 268.

Metales en el ajuar castreño: metalurgia y manufacturas

Las piezas metálicas están presentes en el ajuar de los castros desde los horizontes de ocupación más antiguos. Bien es cierto que a lo largo de su prolongada habitación se advierten cambios significativos en el repertorio de objetos, en su aspecto formal o en sus componentes, que informan acerca de la evolución tecnológica de la época, la pericia con que los artesanos locales supieron adaptarse a las tendencias en boga en cada momento y de las redes de intercambio que permitieron el acceso a productos exóticos.

Las piezas de mayor antigüedad se remontan a los siglos VIII-VI a. de C. y se insertan en la tradición metalúrgica generalizada a fines de la Edad del Bronce. Participan de una tecnología común en toda la fachada atlántica europea que ha dejado un representativo rastro en nuestros castros tanto en manufacturas terminadas como en instrumental y subproductos de la actividad metalúrgica. Se trata fundamentalmente de objetos fabricados con aleaciones cupríferas siendo excepcionales los de hierro, rasgo común con el mundo castreño del norte portugués que justifica, en opinión de algunos investigadores, la prolongación de la Edad del Bronce hasta comienzos del siglo IV a. de C. (Bettencourt, 2008). Y es que, a pesar de la relativa riqueza de los minerales de hierro en la región, su obtención presenta exigencias tecnológicas muy severas. En primer lugar, las reacciones requeridas para la reducción del mineral, a pesar de su relativa economía en combustible, se producen en condiciones ambientales críticas que demandan, por el contrario, un alto consumo de carbón vegetal para el calentamiento suficiente. De hecho, los hornos siderúrgicos no fueron capaces de alcanzar los aproximadamente 1.560° C necesarios para la fusión del mineral de hierro hasta época medieval, por lo que el producto obtenido durante la Prehistoria y la Antigüedad era un amasijo de hierro dulce y escoria, inviable para su trabajo en moldes que requería un trabajo posterior de martilleado o forja en caliente (Gómez, 1999: 22-30). En los castros asturianos las evidencias de la reducción del hierro y trabajo de forja comienzan a mostrarse tímidamente a partir del siglo IV a. de C. y sólo alcanzará una implantación de cierta relevancia en los castros del área centro-oriental como La Campa Torres, Moriyón o Caravia, conviviendo en todo caso con una metalurgia broncea muy desarrollada.

La metalurgia castreña: desarrollo tecnológico y evidencias arqueológicas

Las primeras evidencias de actividad metalúrgica en los castros asturianos se documentan en Camoca donde J. Camino recuperó fragmentos de vasijas-horno, moldes, escorias, restos de colada y chatarra producida durante la fundición y posterior trabajo del metal (2005: 90), si bien el repertorio más variado de piezas atribuibles a esta época procede del castro de Chao Samartín con varias asas de sítula, refuerzos claveteados para recipientes metálicos y un hacha de tálón que no muestra sobre su filo evidencia alguna de uso instrumental. Es probable que también puedan corresponder a este período algunos fragmentos de calderos remachados descubiertos en La Campa Torres (Maya & Cuesta, 2001: 132).



En el Chao Samartín se ha recuperado el repertorio más variado de piezas metálicas de época castreña. En la imagen, asa de sítula de este castro (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

Es precisamente este yacimiento el que, entre los castros excavados en Asturias, aporta el conjunto más numeroso de restos relacionados con el tratamiento de los metales durante la Edad del Hierro. Se trata de un extenso lote de cerámicas para la fundición, subproductos metálicos y minerales que se completa con una gama variada de productos manufacturados. Sus excavadores remiten la mayor parte de este conjunto a la ocupación prerromana del poblado, pues los restos de fundición se desperdigan por la totalidad de los sectores excavados con la única excepción de las casas romanas, afirmándose la especialización metalúrgica no ya de un área del poblado, sino del conjunto de la comunidad (Maya & Cuesta, 2001: 238), una propuesta que difiere radicalmente de lo advertido en castros del área cismontana, como los poblados leoneses de El Castrelín de Paluezas y La Corona de Corporales, donde la actividad metalúrgica estaba a cargo de un artesano especializado a tiempo completo que actúa como suministrador para todo el poblado desde unas instalaciones que le son específicas y comprenden la vivienda y el taller (Fernández Posse *et al.*, 1993: 202).

El repertorio de hallazgos en La Campa Torres incluye varias cubetas interpretadas como hornos de fundición por la aparición de escorias y fragmentos vitrificados del primitivo revestimiento cerámico, dos centenares de crisoles, vasijas-horno utilizadas en el tratamiento de los minerales de cobre, toberas, moldes y lingoteras.

Un muestrario de piezas que, en menor cantidad, se repiten también en el castro de Llagú, donde han sido vinculadas básicamente a la reducción y fundición del cobre (Berrocal, 2002: 194). Los vestigios encontrados en Moriyón constatan la práctica metalúrgica con bronce y hierro, realizada en pequeños hornos recubiertos de arcilla donde se vertía el mineral mezclado con combustible vegetal y fundentes de sílice (Camino, 2005: 91).

En los castros occidentales el bronce prácticamente monopoliza la producción metalúrgica local. En todos los excavados se han identificado restos de escorias, crisoles o lingoteras. No obstante, los testimonios más notables se están recogiendo en el Chao Samartín. Allí se conservan evidencias excepcionales del trabajo metalúrgico con bronce, oro y plata durante la Edad del Hierro que habrían de tener continuidad en época romana (Villa, 2004).

Es a partir del siglo IV a. de C. cuando se muestran explícitamente las evidencias de actividad metalúrgica en el poblado. En los depósitos formados desde entonces no es infrecuente la aparición de hornos, crisoles, moldes o escorias. Como es natural, el instrumental más abundante está relacionado con la metalurgia del cobre, siendo también los objetos de base cuprífera los hallazgos metálicos más comunes.

Los hornos metalúrgicos se instalaron al pie de la muralla, en la trasera de un pequeño grupo de cabañas, muy próximos entre sí. Su estructura era sencilla: pequeños hoyos de apenas 30 cm de profundidad por 20 de diámetro, revestidos de piedra menuda en fondo y pared. En su interior se conservaba madera carbonizada, fragmentos de crisol y algunas escorias. El horno se clausuraba con un sello de arcilla del que aún restaba, en el momento de su excavación, el cono perimetral en torno a la boca del hoyo. Las fechas proporcionadas por el combustible y otros depósi-



El repertorio de elementos relacionados con la metalurgia incluye crisoles y toberas. Los de la imagen fueron hallados en La Campa Torres (Museos arqueológicos de Gijón / FMC y UP)

tos estratigráficos contemporáneos permiten establecer su uso durante los siglos IV-III a. de C. Estructuras de fundición similares son conocidas en la Prehistoria europea en relación con la metalurgia del cobre (Tylecote, 1987), no obstante, no hay razón para descartar su utilización en el tratamiento de otros metales como el oro o la plata.



Molde de sítula hecho en cerámica con matriz decorativa que reproduce el característico sogueado en bandas paralelas y fragmento metálico de sítula con esa misma decoración (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura)

Los moldes se distribuyen en diferentes sectores del área excavada. Los más sencillos se fabricaron sobre pequeños bloques de arenisca con facetas regularizadas donde los rebajes —simples o pareados— permitían reproducir barritas metálicas de sección pseudocuadrangular. Piezas similares son conocidas en otros castros de la comarca como Coaña, Folgosa o Taramundi. Un segundo modelo, también común a otros asentamientos castreños del noroeste peninsular, son los fragmentos para la fundición de apliques y elementos ornamentales para sítulas. Están fabricados en cerámica y su matriz decorativa reproduce el característico sogueado en bandas paralelas.

Entre los productos semielaborados se cuenta también con un buen conjunto de tortas de fundición. La excavación de una de las cabañas proporcionó el descubrimiento de un importante acopio de metal cuprífero almacenado dentro de una vasija enterrada bajo el pavimento de la estancia. Su contenido eran 24 tortas de sección plano-convexa cuyo peso conjunto alcanzaba los 2.407 gramos. De éstas, 5 están completas, correspondiendo el resto a fragmentos y recortes de otras que, en algunos casos, conservan ojal para su engarce y transporte.



Vasija que apareció enterrada bajo el pavimento de una cabaña en el Chao Samartín y que contenía varias tortas de fundición cupríferas (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

Los objetos metálicos

Las fíbulas eran un tipo singular de broche o hebilla y aparecen frecuentemente entre los ajuares castreños. Bajo estas líneas, fíbula de torrecilla del castro de Caravia (Museos arqueológicos de Gijón / FMC y UP)



Arriba, fíbula de caballito procedente del castro de Caravia. Este tipo de fíbula es considerada de influencia celtibérica (Museos arqueológicos de Gijón / FMC y UP). A la derecha, Los pendientes son otro de los objetos de bronce frecuentes en nuestros castros y su uso perdura hasta época romana. En la imagen, pendientes de Caravia (Museos arqueológicos de Gijón / FMC y UP)



La tradición metalúrgica del trabajo en bronce se mantiene con una gran vitalidad durante la Edad del Hierro y produce un repertorio muy variado de objetos vinculados en su mayor parte con el atuendo y el adorno personal. Las piezas más comunes son agujas, broches y pasadores, no siendo extraña la aparición de pinzas de depilar, si bien, la pieza más representativa es la fíbula, un tipo singular de broche o

hebilla que se generaliza en el ajuar de los pueblos castreños con formas y tamaños diversos. Entre la gran variedad de tipos, las más frecuentes son las denominadas de omega que perdurarán con gran éxito hasta época romana. Un tipo común son también las denominadas fíbulas de torrecilla, así calificadas por el engrosamiento característico que remata su pie y que suele estar decorado. Su origen se remonta al siglo IV a. de C. aunque deriva en formas que alcanzan el cambio de Era. Se conocen magníficos ejemplares en La Campa Torres, Llagú, Castillo de San Martín, Caravia o Moriyón. Es éste un ámbito de dispersión común a las fíbulas conocidas como “de caballito” por la figura que sirve de soporte al resorte de cierre, la aguja y su mortaja. Estas piezas han sido consideradas de influencia celtibérica. Relacionadas tradicionalmente con otras en las que además se representa también al jinete, su presencia en áreas del norte y occidente de la Península Ibérica, incluida Asturias, ha sido interpretada como un indicio de la celtización inducida en las regiones limítrofes de la Celtiberia por sus élites ecuestres (Almagro & Torres, 1999: 115).

Los pendientes, por lo general de factura muy sencilla y volumen amorcillado, son otro de los objetos de bronce frecuentes en nuestros castros y su uso perdura hasta época romana. Están presentes en los ajuares de Caravia, La Campa Torres, Moriyón, Llagú o Larón.

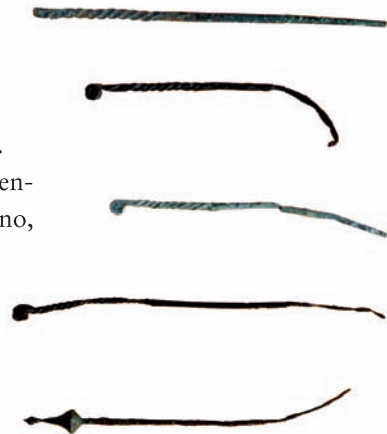
La implantación romana en el territorio castreño implicó también una modificación en el instrumental y menaje fabricado en bronce que se diversifica enormemente e incorpora objetos exóticos al paisaje doméstico tradicional.

Al repertorio de fíbulas se les añaden nuevos tipos como las “Aucissa”, característica fíbula romana en el noroeste peninsular. Las arracadas y pendientes fusiformes son progresivamente sustituidos por pendientes con suspensión de gancho, menudean los alfileres para el

pelo y los anillos. El bronce es también el material preferido para la fabricación de instrumental quirúrgico (sondas, escalpelos, tijeras), de piezas de tocador (espátulas y perfumadores), elementos ornamentales (apliques, campanillas) o de herramientas de precisión (compases y pesas).

El dominio de la siderurgia que facilitó la incorporación del instrumental de hierro al ajuar castreño debió acarrear, tal y como señala J. Camino, serias repercusiones en la vida de las comunidades castreñas, pues supuso el acceso a herramientas agrícolas más eficaces, como hoces, hachas o arados, al tiempo que mejoraba la eficacia de armas y otras piezas de utilidad en los quehaceres más ordinarios como picos, clavos, caramilleras o los arreos de caballo (Camino, 2005: 91). Los ajuares de hierro son más abundantes y tempranos en los castros del centro y oriente que en los distribuidos en las cuencas occidentales, donde las herramientas de este metal no se generalizarán hasta época romana. Los castros de Caravia y Moriyón son los que han aportado los conjuntos más sobresalientes entre los que, junto con instrumental doméstico como cuchillos, hachas, azuelas, clavos o argollas, aparecen puntas de lanza, puñales y chuzos (de Llano, 1919; Camino, 1995).

Los castros que mantuvieron su ocupación en época romana conocen entonces la máxima difusión del instrumental en hierro, especialmente entre el menaje doméstico y la herramienta, y son hoy único testimonio en muchos casos del trabajo de carpintería y amueblamiento de las construcciones castreñas (clavos, pasadores, alcayatas, bisagras, llaves o cerraduras).



El bronce fue utilizado para la fabricación de instrumental quirúrgico, piezas de tocador, elementos ornamentales o herramientas de precisión como se aprecia en las imágenes de arriba (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura)



El instrumental de hierro aparece tarde en los castros y primero en los del centro y oriente que en los de occidente. En éstos, no se generalizan los ajuares de hierro hasta la época romana. En la imagen, cuchillos de hierro y bisagras del Chao Samartín (fotos J. Arrojo / Consejería de Cultura)



La evidencia más antigua de la manipulación metalúrgica del oro en el Chao Samartín es un fragmento cerámico que conserva, entre la costra de impurezas adheridas a su cara interna, varios gránulos de oro, además de restos de plata y cobre (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

El trabajo con metales preciosos

El valor intrínseco de la materia prima ha condicionado tradicionalmente el estudio de la artesanía antigua del oro y la plata. Codiciadas no sólo por los buscadores de tesoros, sino también por coleccionistas e instituciones museísticas, el comercio de joyas antiguas significó, en buena parte de los casos, la pérdida irreversible de datos esenciales para recomponer el contexto original de los hallazgos. Aún así, el avance en este campo de la investigación arqueológica ha sido notable en estos últimos años, al producirse la feliz superposición de un espectacular progreso en las técnicas de análisis metalográfico y definición de horizontes tecnológicos (Perea, 1991) con el desarrollo de excavaciones arqueológicas extensas y rigurosas que ayudan a paliar el vacío documental anterior (Perea *et al.*, 2004).

Los artesanos castreños practicaron una orfebrería heredera de las técnicas experimentadas durante siglos por sus predecesores quienes, además del batido y martillado característico de tiempos calcolíticos, dominaban desde el Bronce Final la fabricación de pesadas piezas obtenidas mediante el procedimiento de la cera perdida. Durante la II Edad del Hierro esta tradición antigua de ámbito atlántico recibe aportes tecnológicos procedentes del área mediterránea, basados fundamentalmente en el uso de la soldadura que hicieron posible la fabricación de piezas complejas de porte ligero y sobre las cuales se aplicaron abigarrados diseños ornamentales. La filigrana y el granulado se integraron de esta forma en la tradición tecnológica local de la cera perdida y la estampación para configurar, a modo de síntesis afortunada, un estilo característico para la orfebrería castreña del noroeste peninsular.

Pizarra con dos figuras grabadas de caballos enfrentados por el lomo, hallada entre la gran casa de asamblea y la sauna situada frente a la puerta del poblado en el Chao Samartín, en un depósito fechado en el siglo IV a. de C. Los caballos recuerdan los de la diadema de Moñes (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Por el momento, sólo un yacimiento, el Chao Samartín, ha proporcionado testimonios del trabajo de los orfebres castreños (Villa, 2004). En este castro la manipulación metalúrgica del oro y la plata, iniciada durante la Edad del Hierro, se prolongó bajo dominio romano como consecuencia de la capitalidad que el poblado ejerció sobre el territorio circundante, la *civitas* Ocela, rico en minas de oro que fueron intensamente explotadas durante los siglos I y II d. de C. En su condición de *caput civitatis*, el Chao Samartín se habría convertido en receptor del metal para la última afinación antes de su envío a la capital administrativa del *conventus*.



Crisoles y tortas de plata recuperadas en el Chao Samartín entre lo que parece eran las reservas metálicas de un orfebre (foto Á. Villa)

La evidencia más antigua de la manipulación metalúrgica del oro en el castro es un fragmento cerámico que conserva, entre la costra de impurezas adheridas a su cara interna, varios gránulos de oro, además de restos de plata y cobre. Forma parte de un conjunto metalúrgico de cierta relevancia que se encontraba contenido entre las ruinas de la gran casa de asamblea y la sauna construidas frente a la puerta del poblado. Sin duda fue éste un espacio singular al que cabe suponer, dada la excepcionalidad de los edificios, un papel ciertamente notable en la liturgia social de la comunidad. Allí se recuperaron abundantes restos de fundición: escorias, lingoteras y crisoles fragmentados. A este significativo conjunto deben añadirse algunos fragmentos de moldes para sítula y una pequeña pizarra en cuya superficie habían sido grabadas las figuras de dos caballos enfrentados por el lomo. Las dataciones absolutas remontan el depósito a comienzos del siglo IV a. de C. La atmósfera que transmiten en conjunto los objetos y circunstancias que aquí concurren (sítulas, caballos, ritos acuáticos y metalurgia aurífera) evocan inevitablemente la escena narrativa descrita sobre la celeberrima diadema de Moñes, en la que de una u otra forma todos estos elementos se encuentran presentes.

Piedra de toque, que servía para pruebas de pureza del oro, obtenida por pulimento de un canto de lutita y procedente del Chao Samartín (foto Á. Villa)



Por lo que al tratamiento específico de la plata se refiere también se recuperaron varias tortas de fundición recortadas. Alguna de las piezas conserva el ojal de suspensión. El aspecto y las dimensiones de estos fragmentos recuerdan el pasaje en el que, en referencia a los montañeses del norte peninsular, Estrabón describe los usos premonetales indígenas: “En vez de moneda, unos (...) se sirven del trueque de mercancías o cortan una lasca de plata y la dan” (*Geografía*, III, 169). Ahora bien, sin descartar aquel uso, la asociación estratigráfica del conjunto con otros elementos metalúrgicos desperdigados sobre el mismo piso y los custodiados bajo el pavimento más bien parecen indicar su pertenencia a las reservas metálicas de un orfebre.

En época romana, a pesar de la generosa presencia en el yacimiento de elementos metálicos de base cuprífera, ornamentales (fíbulas, alfileres, anillos) y de carácter instrumental (agujas, sondas, espátulas, tijeras, pinzas para depilar o ponderales), no se conoce evidencia alguna que ilustre su posible fabricación en el poblado. No ocurre así en el caso del oro y de la plata cuya manipulación meta-

lúrgica está ampliamente documentada en horizontes de los siglos I y II de la Era. Los testimonios de esta actividad se distribuyen por varios sectores del poblado. Son principalmente fragmentos cerámicos, crisoles, tenazas de fundición, tortas de plata, algún recorte de oro y vasijas comunes, que conservan adheridas a sus paredes pequeñas salpicaduras metálicas.

Además de los elementos industriales mencionados, existen en el Chao Samartín otros, de uso no estrictamente metalúrgico, que hubieron de resultar imprescindibles en el intercambio y valoración de los metales preciosos. Es el caso de una piedra de toque obtenida a partir del pulimento de un canto de lutita. El uso de estas raras herramientas se conoce en Europa desde la



Juego de 15 pesas de bronce decoradas con diversos motivos geométricos hechos con hilo de cobre incrustado (foto de J. Arrojo / Consejería de Cultura)



Pizarra y pesa de bronce recuperadas en el castro de Coaña, en las que se representa una cruz botanada (foto Á. Villa y dibujo de García y Bellido)



Prehistoria y está excepcionalmente documentado en la Antigüedad gracias a la minuciosa descripción que de ellas hace Teophrastos en su tratado de mineralogía, parcialmente reproducido por Plinio en la *Historia Natural*, y a cuyas características generales se ajusta nuestra pieza. Con la manipulación de metales preciosos debe relacionarse también un excepcional conjunto de 15 ponderales de bronce. Todos ellos están decorados con diversos motivos geométricos por incrustación de hilo de cobre que fueron, tal vez, expresión gráfica de su valor ponderal. Una pieza similar se conoce también en Coaña (García y Bellido, 1941: 227) en la que se reproduce una cruz botanada similar a la inscrita en una pizarra del mismo castro.

Los torques eran collares rígidos de oro de los que se tiene noticia en Asturias de unos 15 o 16 ejemplares, aunque en la mayor parte no se conocen las circunstancias de su hallazgo. En la imagen, torques de Langreo

Las joyas castreñas

A pesar del lastre inevitable que supone la carencia de contexto para muchas de las piezas, cuya vinculación con asentamientos castreños es muy probable pero sólo inducida, la sistematización de la orfebrería castreña elaborada por A. Perea ofrece hoy rasgos de orden técnico y tipológico muy precisos y que singularizan la metalurgia con metales preciosos que se realizó en los castros de Asturias respecto a la practicada en regiones limítrofes (Perea & Sánchez-Palencia, 1995: 37). Una de las características es la preferencia por el oro como materia prima frente al uso predo-



La conocida como diadema de Vegadeo

minante de la plata en las joyas fabricadas por los artesanos castreños al sur de la cordillera Cantábrica. La producción aquí se distribuye en tres grupos de objetos: los torques, las diademas o cinturones y los pequeños ornamentos como arracadas, amuletos, anillas y broches.

Del primer tipo, los torques o collares rígidos, se tiene noticia del hallazgo de unas 15 o 16 piezas de la cuales hoy sólo se conoce el paradero de 8 que incluyen los fragmentos del conjunto de Cangas de Onís, correspondientes a 3 o 4 torques (García Vuelta, 2007), el torque de Langreo y los 3 ejemplares de procedencia desconocida custodiados en el Museo Arqueológico de Asturias (Maya, 1988). Ninguno de ellos posee una referencia precisa del lugar del descubrimiento y del resto sólo los conocidos como de Doña Palla y Miravalles fueron relacionados inequívocamente con asentamientos castreños. De manera un tanto forzada podría también vincularse el de Valentín por su localización en el entorno de un túmulo megalítico relativamente próximo al Castellón de Coaña. Formalmente, estas piezas componen un conjunto más o menos homogéneo denominado astur-norgalaico que se caracteriza por las varillas con remates en doble escocia y decoraciones que desarrollan motivos ornamentales con pocas variaciones.

El grupo de las diademas o cinturones está representado en Asturias por piezas magníficas de las que, por desgracia, desconocemos su origen preciso. Están realizadas en finas láminas de oro decoradas con motivos estampados que probablemente sirvieron de revestimiento a fajas de cuero o tela que se fijaban mediante anillas y ganchos. Tal fue el caso de la lámina recuperada en el Chao Samartín, datada en torno al siglo III a. de C. y fabricada con oro de gran pureza en la que se aprecian algunas perforaciones regularmente distribuidas para su cosido a un soporte hoy perdido. La decoración, en ocasiones abigarrada y compleja, como en la denominada de Ribadeo, reproduce figuras geométricas logradas mediante estampación de punzón o molde. Un caso excepcional en este grupo es la diadema de Moñes. Son muchas las razones que la singularizan pues es la única ornada con motivos figurados y la ejecución es de una complejidad sorprendente. La excepcional calidad y coherencia narrativa de las imágenes favorece una aproximación única, aunque controvertida, a la religiosidad de los pueblos del norte peninsular. Su iconografía desarrolla, en opinión de F. Marco, “escenas que simbolizan la apoteosis guerrera a través precisamente del tránsito acuático al más allá” (1996: 17). A partir de los fragmentos depositados en el Museo Arqueológico Nacional, pues tres son las instituciones que custodian los retales conocidos, O. García Vuelta ha podido establecer que en su fabricación se recurrió al martillado, batido y soldadura completándose la ornamentación mediante estampación y repujado finamente pulido (García Vuelta, 2007). Es importante destacar al respecto que las diademas, como también las arracadas incluidas en el tercer grupo, corresponden a una tradición tecnológica diferenciada de aquella que rigió la fabricación de los torques, pues en el ámbito atlántico del Bronce Final, del que estos son herederos, nunca se produjeron piezas sobre lámina fina repujada o estampada, ni se ornamentó con filigrana o granulado fijados con soldadura, razón por la cual estas piezas debieron ser fabricadas por distintos talleres (Ambruster & Perea, 2000: 108).



Aparecida en el lugar de Moñes, del concejo de Piloña, esta excepcional diadema se fabricó aplicando martillado, batido y soldadura y se completó su ornamentación mediante estampación y repujado finalmente pulido. Reproduce una escena narrativa que posiblemente simboliza la apoteosis guerrera a través precisamente del tránsito acuático al más allá



La Arracada de Berducedo es un fino pendiente de oro que procede del castro del Castelo de Berducedo, en el concejo de Allande

Pendiente hallado en el Monte Castrelo de Pelou en horizontes del siglo I d. de C., con paralelos en la orfebrería etrusca (foto Á. Villa)

En un tercer grupo, A. Perea incluye objetos diversos, todos ellos de pequeño tamaño, entre los que se cuentan algunos amuletos de abigarrada decoración, como los depositados en el Museo de Valencia de Don Juan, el broche del depósito de Ribadeo o la arracada de Berducedo, recogida en el castro allandés de El Castelo de Berducedo (González & Manzanares, 1958). Hoy el registro de hallazgos se ha incrementado con el descubrimiento de nuevas piezas en los castros de La Campa Torres, Moriyón, Pelou y, principalmente, en el Chao Samartín. Del primero proceden un tubito decorado mediante estampillado con finos troqueles de líneas de puntos y círculos concéntricos, un corto tramo de alambre, una chapita doblada y un aplique circular ornamentado con sogueados de filigrana, tal vez remate de un broche perdido (Maya & Cuesta, 2001: 146).

Del Monte Castrelo de Pelou procede un pendiente recuperado en horizontes del siglo I d. de C. con paralelos muy similares en la orfebrería etrusca. Está fabricado sobre una placa circular de oro con una piedra o, tal vez, pasta vítrea roja engarzada en un cabujón central.



Arracada del Chao Samartín, fabricada mediante el desarrollo en espiral de un grueso alambre con pasador de plata y que es de época prerromana (foto Á. Villa)

El Chao Samartín ofrece el lote más amplio de piezas fabricadas en oro y plata recuperadas en el contexto de los poblados fortificados de Asturias (Villa, 2004). De época prerromana son un par de cuentas de pasta vítrea revestidas con lámina de oro y un pendiente de volumen fusiforme conseguido mediante el desarrollo en espiral de un grueso alambre de oro con pasador de plata. El hallazgo de objetos elaborados con metales preciosos es relativamente frecuente entre las ruinas del caserío de época romana. Se distribuyen indistintamente en las áreas de habitación, el edificio de baños o los enlosados de las calles. El inventario de piezas comprende varias joyas de oro y plata, cuentas de pasta vítrea doradas y algún otro elemento ornamental. Pueden destacarse piezas como la cadenilla de oro de la que probablemente pendía una arracada o pendiente de oro recogido en una de las calles. Este magnífico ejemplo de joya romana reúne las principales técnicas orfebres practicadas en la Antigüedad como el repujado, la filigrana a partir de oro laminar, el granulado o la cera perdida. El repertorio de piezas se completa con un alfiler de plata, una abrazadera y varios gránulos de oro, así como una variada gama de cuentas de collar fabricadas en pasta vítrea con lámina de oro embutida.

En un ámbito tecnológico diferente, claramente influenciado por tradiciones propias del área meseteña, se debe encuadrar el pendiente de oro macizo con forma de creciente lunar recuperado en el castro de Moriyón (Camino, 1995: 247).

ÁNGEL VILLA VALDÉS



Cadenilla de oro procedente del Chao Samartín, de la que probablemente pendía una arracada (foto J. Arrojo / Consejería de Cultura)

Magnífico pendiente de oro, de época ya romana, localizado en una de las calles del Chao Samartín y que reúne en su fabricación las principales técnicas orfebres practicadas en la Antigüedad como el repujado, la filigrana a partir de oro laminar, el granulado o la cera perdida





Objetos de oro hallados en La Campa Torres: chapita, alambre, tubito y posible remate de torques (Museos arqueológicos de Gijón / FMC y UP)

Bibliografía

ALMAGRO GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (1999): *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania Céltica*. Zaragoza.

AMBRUSTER, B. y PEREA CAVEDA, A. (2000): "Macizo/hueco, soldado/fundido, morfología/tecnología. El ámbito tecnológico castreño a través de los torques con remates en doble escocia", en *Trabajos de Prehistoria*, 57, 1. Madrid, 97-114.

BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C. (2002): *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Madrid.

BETTENCOURT, A. (2008): "El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el noroeste peninsular", en M. Á. de Blas y Á. Villa (ed. cient.): *La génesis del hábitat fortificado en el norte peninsular: los castros en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro*. Gijón.

CAMINO MAYOR, J. (1995): "Calamillera, azuela o alcotana, hachas, hoz, puñal, punta de lanza y regatón/pendiente", en *Astures. Pueblos y culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón, 246-247. — (2005): "Prehistoria e Historia Antigua", en A. Fernández y F. Frieria (coor.): *Historia de Asturias*. Oviedo, 13-148.

FERNÁNDEZ POSSE, M. D.; MONTERO, I.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; ROVIRA, S. (1993): "Espacio y metalurgia en la Cultura Castreña: la Zona Arqueológica de Las Médulas", en *Trabajos de Prehistoria*, 50. Madrid, 197-220.

GARCÍA VUELTA, O. (2007): *Orfebrería castreña del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.

GARCÍA y BELLIDO, A. (1941): "El Castro de Coaña (Asturias) y algunas notas sobre el posible origen de esta cultura", en *Archivo Español de Arqueología*, XIV, 42, pp. 118-217. Madrid.

— (1942): "El castro de Coaña (Asturias). Nuevas aportaciones", en *Archivo Español de Arqueología*, XV. Madrid, 173-192.

GÓMEZ RAMOS, P. (1999): *Obtención de metales en la Prehistoria de la Península Ibérica*. British Archaeological Reports, International Series 753. London.

GONZÁLEZ, J.M. y MANZANARES, J. (1958): "Arracada de oro procedente de un castro de Berducedo (Asturias)", en *Archivo Español de Arqueología XXXII*, nº 99-100. Madrid, 115-120.

HEVIA GÓMEZ, P. (1995): "Cadena de eslabones entrelazados", en *Astures. Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio*. Gijón, pag. 269.

LLANO ROZA DE AMPUDIA, A. DE (1919): *El Libro de Caravia*. En reedición de 1982 del Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.

MARCO SIMÓN, F. (1996): "Heroización y tránsito nes diademes de Moñes (Piloña, Asturias)", en *Astures. Memoria encesa d'un país*, 1. Asturias, 11-29.

MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*. Estudios de La Antigüedad 4/5. Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona.

MAYA GONZÁLEZ, J. L. y CUESTA ALTABLE, F. (2001): "Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres", en J. L. Maya y F. Cuesta (Ed. Científicos): *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón, 11-278.

PEREA CAVEDA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*. Madrid.

PEREA CAVEDA, A.; MONTERO RUIZ, I. y GARCÍA-VUELTA, O. (2004): *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXII. Madrid.

PEREA CAVEDA, A. y SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. (1995): *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*. Oviedo.

TYLECOTE, R. F. (1987): *The early history of metallurgy in Europe*. Longman, London and New York.

VILLA VALDÉS, A. (2004): "Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el castro de Chao Samartín, Asturias (España)", en A. Perea, I. Montero y O. García (eds): *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Anejos de Archivo Español de Arqueología. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 253-264.